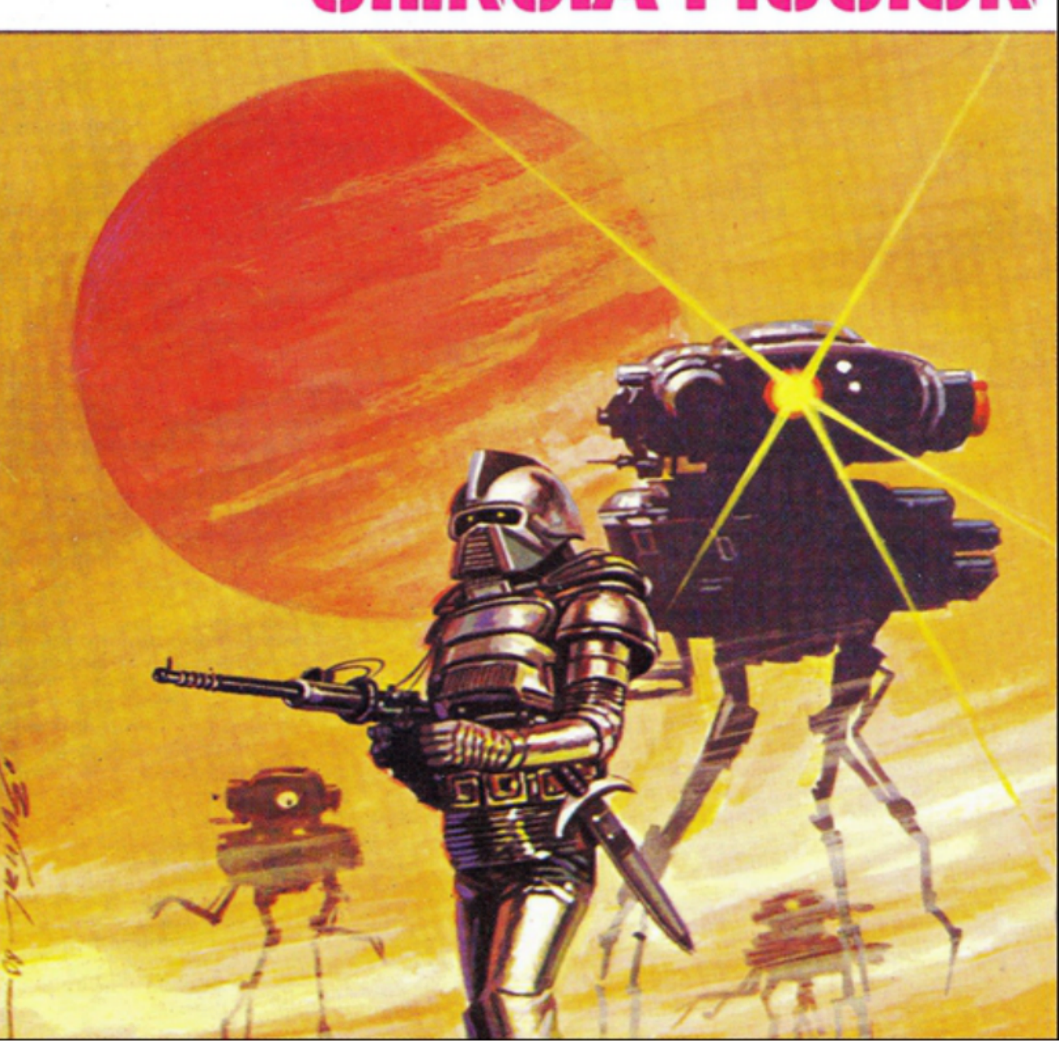
La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

QUINCE DIAS SIN SOL

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

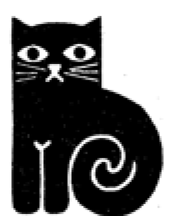
BOLSILIBROS BRUGUERA

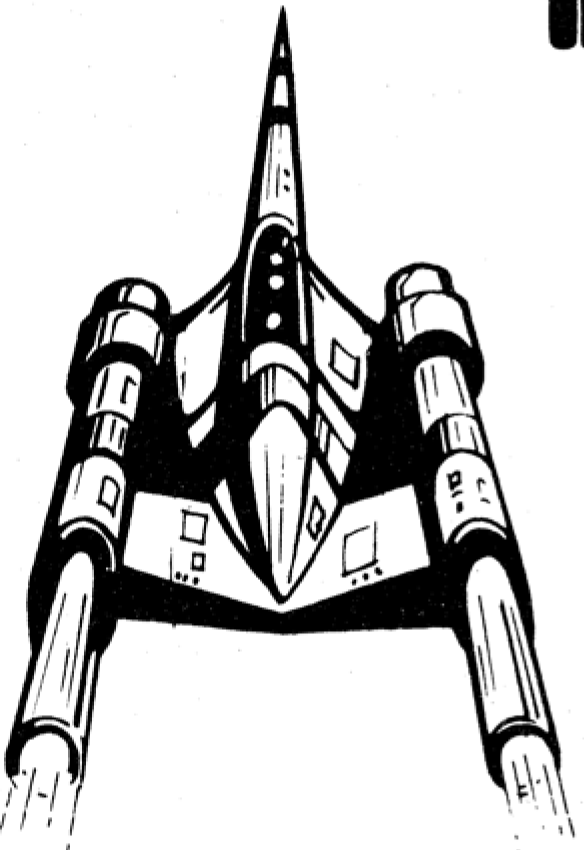
QUINCE DIAS SIN SOL

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

569 — *Los descendientes del arca*, A. Thorkent.

570 — *La mutación humana*, Lucky Marty.

571 — *El enigma de Mount Kooran*, Kelltom McIntire.

572 — *Los malvados seres de Urrh*, Lou Carrigan.

573 — *Crimen en el siglo XXI*, Curtis Garland.

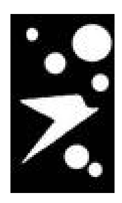
KELLTOM McINTIRE

QUINCE DIAS SIN SOL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 574

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 20.655 -1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Al fin, Joan se sumergió en una desbordante oleada de placer.

Anhelante, oprimía contra si el rostro de Harry, cuyos cabellos acariciaban sus dedos como si en ello le fuese la vida.

—Vida mía... susurró ella con voz estrangulada.

Se la adivinaba ansiosa de caricias y de amor después de tantas noches durmiendo sola en su lecho.

Permanecieron íntimamente abrazados durante largo rato. Al cabo, ella le mordisqueó una oreja y dejó escapar una risita.

Harry entendía aquellas señales muy bien: Joan necesitaba un poco más de placer, de compensación amorosa, de entrega de los cuerpos y de las almas.

Poco a poco, también Harry fue enardeciéndose hasta que su virilidad aumentó prodigiosamente.

Moviéndose en aquella especie de cadencia rítmica que iba aumentando *in crescendo*, las respiraciones se tornaron jadeantes, entrecortadas, anunciando la inminencia de nuevas y aún más intensas oleadas placenteras.

Joan se estremeció de pronto.

Grititos jubilosos brotaron de sus labios estremecidos. Luego, lentamente, su cuerpo rígido fue distendiéndose hasta quedar gozosamente relajado y satisfecho.

—Dios mío, sería preciso que ocuparas cada noche tu lugar en esta cama, Harry —dijo ella, transcurrido un instante—, Un día estallará el mundo y nosotros lo habremos perdido todo.

Harry calló.

Jamás había escuchado un comentario más certero: *Un día estallará el mundo y...*

Verdaderamente, el mundo parecía a punto de estallar. Bueno, la situación de preguerra total había estado a punto de hacer crisis en muchas ocasiones, demasiadas.

Pero siempre, en el último momento, cuando ya iba a estallar el Apocalipsis, las tensiones se distendían un tanto y el peligro pasaba.

Pero esta vez...

Harry McLaine conocía las interioridades de la política americana y sabía que el mundo se hallaba en unos momentos especialmente críticos.

La URSS ni siquiera disimulaba ya sus ambiciones en el Lejano Oriente, Asia y África. USA, por su parte, había endurecido su postura en Europa, América y Oceanía.

Los intentos de llevar a cabo el desarme, habían fracasado por completo. Incluso los tratados SALT tenían poco más o menos el valor del papel mojado.

Por último, los soviéticos acababan de enviar considerables contingentes de armamento a un país sudamericano alzado recientemente contra un rígido gobierno de militares.

—¿No contestas? —susurró su esposa.

—Ya conoces la situación. El Presidente Carman va continuamente del Pentágono a las Naciones Unidas y viceversa. Como asesor privado, debo acompañarle en sus viajes. Sabes que, prácticamente, paso las veinticuatro horas del día cerca del Presidente, Carman ha perdido los nervios en más de una ocasión. Y en tales ocasiones acude a mí en busca de apoyo y consejo —respondió Harry.

— Pero...

—Tuve que mentir para justificar mi ausencia por doce horas. Me vi obligado a decir que estabas enferma...

—No mentías del todo. Estaba enferma de impaciencia por verte —pronunció ella. Y añadió—: Harry, te necesito junto a mí.

En la oscuridad de la alcoba pasó desapercibida la amarga sonrisa de Harry McLaine.

Mentalmente, se estaba preguntando.

—¿En qué quedamos? ¿Qué es lo que más te importa? ¿Soy yo o es mi posición junto al Presidente?

Joan le había impulsado siempre a escalar un puesto tras otro. De profesor de Psicología en Harvard, McLaine había ascendido en

puestos y cargos, hasta alcanzar el que ostentaba actualmente: asesor del Presidente Carman.

Habían obtenido lo que Joan ambicionaba más: prestigio, posición, respetabilidad, dinero...

Pero ahora Joan se sentía insatisfecha.

—También yo te necesito, Joan —susurró el hombre, con voz enronquecida—, Pero tú estuviste de acuerdo en que lo sacrificáramos todo a ciertos objetivos. Hemos alcanzado esos objetivos, pero hemos sacrificado cosas que tal vez valiesen mucho más.

Joan no supo qué responder.

Verdaderamente, su esposo tenía razón.

Habían sacrificado muchas cosas, incluso algo tan entrañable como los hijos.

Ahora. Joan hubiera querido dar marcha atrás en el tiempo y volver a aquellas fechas en que Harry desempeñaba tranquilamente su cátedra de Psicología en Harvard.

Pero ahora no podía decir a su esposo:

—Despídete del Presidente y déjale solo con sus tensiones, sus conflictos y sus batallas de nervios.

No, ahora era demasiado tarde para eso. Joan sabía que Harry jamás desertaría. Porque ahora el Presidente le necesitaba más que nunca.

No hablaron más.

Harry no quería atormentar a su esposa, y Joan no tenía nada que argumentar a favor de sus lamentaciones.

Harry, fatigado, empezó a adormecerse.

De repente, despertó, sobresaltado.

—¿Qué te ocurre? —susurró Joan, asustada.

—¡El despertador! ¿Has puesto el despertador? —exclamó él.

El despertador. La eterna manía. Para Harry aquel instrumento se había convertido en un pequeño ídolo de entrañas de metal.

Había que adorarle, había que obedecerle ciegamente para poder

llegar a la hora justa junto al Presidente.

—¿A qué hora lo pongo? —Joan acababa de encender la luz de la mesilla y con los ojos entornados manipulaba en el despertador.

—A las seis en punto, quizá un poco antes. Tengo que estar en el aeropuerto a las siete —respondió.

Joan lo puso a las seis menos diez minutos.

Luego apagó la luz y se abrazó a su esposo, que se quedó profundamente dormido en unos pocos minutos.

—He sido una perfecta idiota —pensó la mujer.

No valía la pena perder a su esposo a cambio de aquellas mezquindades llamadas *posición, prestigio, lujo o dinero*.

En cualquier momento, un loco, un fanático, un neurótico podía desencadenar la guerra total.

Cuando los misiles atómicos estuvieran en el aire, rumbo a sus objetivos, ya nadie podría dar marcha atrás a la destrucción, a la muerte y al terror.

—En los últimos dos años, Harry y yo apenas hemos dormido diez veces juntos.

Besó las curtidas mejillas del hombre en un arrebato de ternura y desesperanza.

Si pudiera obrar por su cuenta, Joan sería capaz de raptar a Harry, tomar un avión y partir ambos hacia cualquier isla remota, donde esperar los acontecimientos sin noticias inquietantes y agoreras.

Si los seres humanos eran tan estúpidos como para decidir la destrucción del planeta, lo más inteligente era dedicar al amor los últimos días de la existencia.

Lo más angustioso residía en la impotencia. El tiempo había corrido raudo —los McLaine llevaban seis años de matrimonio— y las posibilidades de vivir la vida tranquila y pacíficamente se habían esfumado.

Al fin, aunque obsesionada con sus pensamientos y sus dudas, Joan se quedó dormida, abrazada estrechamente a su esposo.

El «pequeño ídolo de entrañas de metal» zumbó, implacable, a las seis menos diez de la mañana.

Harry se alzó del lecho como un autómata, se puso las zapatillas y dijo a su esposa:

—Quédate un rato más, cariño. Te despertaré antes de marchar.

Pero ella se levantó de la cama y se envolvió en un camisón.

—Estamos separados tanto tiempo, que no quiero desperdiciar ni siquiera media hora de nuestra vida en común —respondió.

Rodeó la cama y se abrazó a Harry desesperadamente. Un sollozo estrangulado brotó de su garganta:

—¡Harry, Harry, esto no es justo...!

El le dio unas palmaditas en la espalda y dijo:

—Ve a preparar café mientras yo me ducho y me afeito.

Joan se separó de él con un esfuerzo de voluntad.

Mientras se dirigía a la cocina, oyó el rumor del agua cayendo sobre el cuerpo de su esposo. Este sonido tan familiar puso un brillo de lágrimas en los ojos de la joven, que se había detenido un momento junto a la puerta del cuarto de baño.

—¡Harry, amor mío! —pensó.

Pero siguió adelante, sacó la cafetera de un armario colgado y la llenó de agua.

Diez minutos después, Harry penetró en la cocina, perfectamente rasurado, vestido y peinado.

Viéndole tan elegante y atractivo, el corazón de Joan McLaine se llenó de orgullo.

—Es un hombre de una pieza —pensó.

Dispuso una bandeja sobre la mesa, sirvió el café, puso las fragantes tostadas en un plato y acercó la mantequilla, la mermelada y las pastas.

Harry atacó el desayuno con excelente apetito. Indudablemente. una intensa noche de amor despierta el apetito de cualquier persona sana.

—¿No me acompañas? —preguntó él, al advertir que su esposa continuaba en pie a su lado.

—No tengo ganas, pero tomaré una taza de café —dijo.

—No deberías tomar café a estas horas —le recordó él—. Te desvelarás. Te conviene dormir un rato más.

Pero Joan sabía que no podría reanudar el sueño después de despedir a Harry. Llenó, pues, una taza de café y la tomó a pequeños sorbos sin añadirle azúcar ni leche.

A las seis quince, Harry consultó su «Rollex» de oro —regalo del Presidente— y se puso en pie.

—Me marcho, es la hora.

—¿Hasta cuando. Harry? —preguntó ella, desolada.

—No lo sé, pero volveré cuanto antes. De todas formas, te llamaré dentro de un par de horas —prometió él.

Joan se le abrazó desesperadamente y le cubrió de besos. Sintiéndola vibrar entre sus brazos, Harry se sintió profundamente emocionado.

—Vamos, vamos, no es para tanto —bromeó.

La besó suavemente en los labios por última vez. sonrió y se separó de su esposa.

—Ve a bañarte —recomendó él—. Imagino que el sol calentará hoy tanto como ayer. ¡Cuarenta y un grados!

Sin embargo, Harry -McLaine se equivocaba por completo: el día 12 de agosto en nada se parecería al anterior.

CAPITULO II

Al anochecer del día 11 de agosto, un grupo de pescadores acampó en la herbosa margen derecha del lago formado por la presa de Entrepeñas, sobre el cauce del río Tajo, en la provincia de Guadalajara (España).

Jacinto, Francisco, Juan y Antonio habían estado pescando toda la tarde con resultado satisfactorio: cuatro lucios de más de un kilo, un barbo de cuatro y dos estupendas anguilas.

Los tres primeros descargaron la tienda de campaña de la baca del coche y la extendieron sobre la hierba para montarla, mientras Antonio, autonombrado ranchero de la partida, disponía todo lo necesario para la cena.

Mientras trabajaban, cada uno en lo suyo, hacían comentarios excitados sobre las incidencias de la pesca.

—Vosotros pensad lo que queráis, pero os juro que es verdad: mientras vosotros pescabais desde la orilla, algo empujó el bote desde el fondo y lo hizo zozobrar. Cuando me zambullí, advertí que el agua estaba helada y, lo que no logro explicarme, una luz azulada, muy fuerte, se alejaba a gran velocidad bajo las aguas —insistió una vez más Francisco.

Sus compañeros prorrumpieron en risotadas sarcásticas.

—El vino de la bota, eso es lo que te hizo zozobrar — le apostrofó Antonio—. ¡Como si no te conociéramos, pedazo de borrachín…!

—Os juro que…

—Vamos, vamos. La bota estaba llena de vino cuando subiste al bote y te alejaste, lago adentro —le recriminó Jacinto—, Cuando la recogimos del agua apenas quedaba un trago. Te mareaste, eso es todo, perdiste el equilibrio y el bote zozobró. Menos mal que quedó quilla arriba y flotó hasta que lo remolcamos hasta la orilla.

—Pero la luz… —repitió Francisco, tenaz.

—Pues claro que sí, hombre —se burló Juan Duran—. Claro que viste una luz… ¡Cómo que estabas perfectamente «alumbrao», no te digo…!

Francisco calló, abrumado por las bromas y chirigotas de sus amigos.

La verdad es que componían un grupo homogéneo y bien conjuntado. Francisco, el mayor, de unos cincuenta años, era de estatura mediana, fornido y moreno. También Jacinto era moreno, pero más alto, delgado, con unas canas incipientes en sus cabellos. Antonio, más bajo y achaparrado, era el más chungón. Juan Durán, quizá el más joven del grupo, era de estatura mediana, delgado pero fibroso, muy moreno.

Los cuatro amigos amaban la pesca por encima de cualquier otra actividad deportiva. Era frecuente que organizasen expediciones al río Sorbe, a los lagos de Entrepeñas, Bolarque y Buendía —tres presas escalonadas sobre el Tajo— e incluso a puntos más distantes, si había posibilidad de llevar a cabo una buena y apasionante pesquería.

Personas sencillas y trabajadoras, poseían un excelente humor y las bromas eran constantes entre ellos, aunque la amistad y la camaradería evitaran las chungas desagradables o groseras.

Antonio acababa de asar un gran pescado que sazonó con una fragante salsa de fórmula secreta. En una fuente aparte, tenía dispuesta una abundante ensalada a base de tomates, pepinos, pimientos asados y lechuga.

Como habían vuelto a llenar la bota, enfriada durante una hora en la nevera portátil, bebieron un par de tragos de vino mientras cada cual se dedicaba a su tarea.

Montada la tienda y preparada la cena, los cuatro amigos se sentaron sobre una manta y se dispusieron a cenar a la luz de un farol de butano colgado a cierta distancia de la rama de un chopo para alejar a los mosquitos.

—Yo estaba mirando a la boya, cuando algo me empujó con fuerza... — comenzó a narrar de nuevo Francisco.

—¿Otra vez con el mismo cuento? —barbotó Durán, alzando la bota.

Francisco parpadeó, confuso.

Indudablemente, su fantasía se había demostrado desbordada la mayor parte de las veces, pero en esta ocasión sólo quería contar la verdad.

Por desgracia, sus tres compañeros no le prestaron el menor

crédito.

Hacia las once de la noche, habían dado cuenta de la sustanciosa y suculenta cena. La bota había sido llenada nuevamente, no importaba que el vino no estuviera frío, pues la temperatura ambiental de las proximidades del lago era desacostumbradamente fresca.

A esa hora, Francisco propuso que se acostaran. Fue el primero en desfilar hacia la tienda de campaña. Esa noche pensaba dormir abrigado en una buena manta, porque a pesar del calorcillo que provocaba el vino la temperatura seguía bajando ostensiblemente.

—¡Y pensar que estamos en pleno agosto! —se lamentó el bueno de Francisco cuando penetraba en la tienda.

Sus compañeros aguardaron aún media hora, dando fin al vino que aún quedaba en la bota.

—Este Francisco no tiene arreglo —exclamó Antonio, el ranchero —. Desde luego, los pescadores tenemos fama de exagerados, pero esa tremenda bola...

Durán se incorporó vivamente.

—No sé qué pensar —murmuró, indeciso—. ¿Por qué hace tanto frío? Yo me siento a punto de tiritar...

—Tienes razón —comentó Jacinto, frotándose los desnudos antebrazos con vigor—. No hay quien lo comprenda. Hace una hora, la radio hablaba de las máximas registradas hoy en los observatorios meteorológicos: 43 en Badajoz, 42 en Sevilla, 40 en Córdoba, 38 en Madrid y Guadalajara. Y ahora...

Antonio fue a orinar sobre unos matojos.

—¡Eeeh, venid aquí! —gritó.

Jacinto y Juan corrieron hacia el lugar en el que se encontraba Antonio.

Estupefactos, contemplaron la superficie del lago.

—¡Es increíble! —exclamó Jacinto—. ¡El lago se está helando! ¡Mirad esos carámbanos...!

Juan no les prestó mucha atención.

—Habéis bebido demasiado vino —se burló—. Ea, vámonos a dormir. ¡Qué importa que haga frío! Para eso, tenemos buenas mantas.

Retrocedieron, un poco tambaleantes, y recogieron el farol; guiados por su luz, penetraron en la tienda de campaña y cada cual ocupó su lugar, tras lo cual se abrigaron bien con las mantas, pues era verdad que la temperatura ambiente descendía con gran rapidez.

Quizá hubieran muerto congelados si aquel zumbido que hería los tímpanos no les hubiera despertado.

Paradójicamente, fue Francisco el primero en despertar.

Su cuerpo, helado, apenas respondió al estímulo de la mente. Al fin. con gran esfuerzo consiguió incorporarse.

Antonio se removía en su lecho y Juan y Jacinto despertaron bruscamente al escuchar los gritos de sus dos amigos.

—¡Despertad, despertad! ¡Hay algo ahí fuera que...!

Torpe y lentamente, fueron saliendo de la tienda de campaña.

Advirtieron entonces que las márgenes del lago estaban inundadas de una luz intensa y azulada.

En realidad, las aguas del pantano fosforecían extrañamente con irisaciones azules de gran luminosidad.

—¡Os lo dije, os lo dije! —clamó Francisco—. ¡La luz azul! ¡Ahí está! ¿Me creeréis ahora?

Sus amigos observaron el fascinante espectáculo con los ojos desorbitados de asombro.

—Es... ¡es cierto! —murmuró Duran, asustado—. Pero ¿qué... qué explicación puede tener *esto?*

—Es como... como si hubieran encendido miles de potentes focos en el fondo del lago.

—¡No seáis borricos! —exclamó Antonio, con su habitual rudeza —. ¿Quién iba a hacer una tontería así?

Contemplaban, inmóviles y estupefactos, el intrigante espectáculo del lago fosforescente, cuando advirtieron que en el centro de la masa líquida del pantano se producía una considerable conmoción.

Fue como si un cuerpo potente y voluminoso emergiera raudamente de las profundidades del lago.

Olas de hasta diez metros de altura se formaron en el centro y se

trasladaron vertiginosamente hacia las orillas, azotando las masas vegetales que crecían allí.

Los cuatro pescadores retrocedieron, verdaderamente asustados.

En aquel momento, el insoportable zumbido que les había desvelado se hizo más intenso. Tan potente que los cuatro amigos hubieron de protegerse los oídos con las manos.

Simultáneamente, una enorme cresta de agua surgió del fondo del lago y un viento gélido, huracanado, azotó las márgenes y arrasó la tienda de campaña, que desapareció de la vista de sus propietarios como si de papel de fumar se tratara.

— ¡La luz azul! —clamó Francisco, despavorido.

Del centro del pantano surgió una luz vivísima, cegadora, que iluminó una gran extensión de terreno alrededor del lago.

Luego, mientras los cuatro amigos apenas podían soportar el dolor que la vibración producía en su cerebro, aquella alargada y enorme lámina azul se elevó sobre la encrespada superficie líquida.

Derribados sobre la hierba helada, los testigos del inexplicable fenómeno vieron cómo la cúpula de luz cegadora ascendía vertiginosamente en el aire hasta convertirse en un puntito diminuto que se fundió con el resplandor de las estrellas más remotas.

Al cabo. Durán fue el primero en incorporarse.

El frío era tan intenso que sus miembros, ateridos, apenas poseían sensibilidad y sus dientes castañeteaban.

—¡Tenemos... tenemos que marcharnos de aquí! ¡A... ahora mismo! —logró articular.

Golpeó torpemente a sus compañeros en la espalda, hasta hacerlos reaccionar.

Jacinto había logrado incorporar a Francisco, que aún seguía contemplando, absorto, las estrellas.

También Antonio se puso en pie, aunque tambaleante y tiritando violentamente.

Entonces contemplaron el lago en una gran extensión y advirtieron aquel fenómeno que escapaba a su comprensión: la superficie del pantano estaba helada en toda su amplitud.

No sólo era esto: el relieve de hielo formaba las mismas olas encrespadas, las mismas formas caprichosas que había dibujado el agua al producirse la gran convulsión que anunció la aparición del raro cuerpo azul perdido en el firmamento.

Arrastrándose, consiguieron llegar hasta el Citroén-8 de Juan Durán.

Con torpeza increíble, consiguieron al fin introducirse en el automóvil.

Juan logró arrancar el motor y poner la calefacción a tope. Cuando los cuatro comenzaron a reaccionar, Durán arrancó como alma que lleva el diablo a través de los yerbazales.

Ni por un momento recordaron que habían perdido una valiosa tienda de campaña ni unos equipos de pesca excesivamente caros.

Para aquellos cuatro hombres, lo más importante en aquel momento era apartarse del lugar donde acababan de suceder fenómenos verdaderamente inquietantes.

Cuando al fin alcanzaron el camino y Juan pudo aumentar la velocidad del vehículo, Antonio sé golpeó la frente de un manotazo y barbotó:

—¡Lo que más siento es que los del Carrascal jamás creerán una palabra de esto…!

Ignoraba entonces que iban a sobrevenir, en los días venideros, maravillas mil veces increíbles.

* * *

El suceso fue registrado por la comisaría de Policía de Alcalá de Henares, que dio cuenta inmediatamente al Ministerio del Interior.

Pero, simultáneamente, otros hechos parecidos habían tenido lugar en puntos tan distantes como el río Ural y los de Magnitogorsk y Uralsk, situados entre Europa y Asia, en territorio soviético.

Todo el curso de estos grandes ríos quedó congelado en la noche del 11 de agosto. Centenares de embarcaciones de distinto calado fueron apresadas por el hielo. Miles de víctimas congeladas fue el balance de los fenómenos de brusca congelación registrados entre Europa y Asia.

Pero en Sudamérica se helaron las aguas abundantes del Amazonas

en una longitud de 200 kilómetros.

También se helaron el río Amarillo (China), Ganges (India) y Kongo, en África.

Informaciones urgentes de estos hechos fueron llegando a los gobiernos de distintos países, cuyas autoridades no encontraron explicación razonable a dichos sucesos, que ni la más delirante mente hubiera podido imaginar.

CAPITULO III

En el momento que ascendía al *jet* que le trasladaría al aeropuerto JFK de Nueva York. Harry McLaine consultó su exactísimo «Rollex» de oro por enésima vez.

Y al penetrar en el avión, pidió a la azafata que le daba la bienvenida:

—¿Hora exacta, por favor?

—Seis cincuenta y ocho, señor —respondió la joven con una estereotipada sonrisa profesional.

Seis cincuenta y ocho, siete de la mañana menos dos minutos.

La hora que acababa de escuchar coincidía matemáticamente con la que marcaba su reloj.

—Es imposible —murmuró—. Tenía que haber amanecido ya.

Otra azafata le guió hasta su asiento, en clase A.

—Tarda bastante en amanecer, ¿no es cierto? —comentó, nervioso.

La muchacha consultó su reloj y asintió.

—Debe estar nublado —dijo amablemente—. Dentro de unos minutos tendremos suficiente luz diurna.

McLaine se sentó, abrió su portafolios y sacó una revista, que hojeó distraídamente, sin la concentración necesaria para enterarse de lo que estaba leyendo.

Al cabo, cerró la revista de golpe y dirigió una ansiosa mirada a través de la oblonga ventanilla.

El firmamento que divisó estaba oscuro como boca de lobo.

—Y, sin embargo, tendría que haber amanecido ya —pensó McLaine, inquieto—. Las nubes pueden impedir la aparición directa del sol, pero no la luz propia del amanecer.

Los viajeros iban ocupando rápidamente sus butacas. Nadie hablaba. Todos se apresuraban a ocupar sus asientos en silencio.

Luego, al mismo tiempo que Harry sentía la intensa ansiedad de fumar un cigarrillo, se oyó el aviso a través de los altavoces:

—¡Atención! Vamos a despegar. Abróchense los cinturones y, por favor, no fumen. Son las siete en punto de la mañana. La llegada a Nueva York, aeropuerto JFK. está prevista para las siete cuarenta. Les deseamos un viaje agradable.

El avión corrió raudo sobre las pistas y se elevó como una flecha hacia el firmamento de color negro terciopelo.

Luego los altavoces volvieron a anunciar que los pasajeros podían fumar. Se les servirían bebidas calientes o frías enseguida.

Harry McLaine miraba a través de las ventanillas, obsesionado.

Finalmente, no pudo soportar más su inquietud. Se puso en pie y fue hacia la cola del avión.

En el *catering*. una azafata estaba preparando bebidas y pastas en una bandeja.

—Dígame, por favor, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó, nervioso, a la guapa joven—, ¿por qué no amanece?

La bandeja se fue de entre las manos de la azafata.

Amablemente. Harry se inclinó v la ayudó a recoger las cosas que habían rodado sobre el piso del pequeño compartimiento.

La joven le miró un momento.

—No... No puedo responderle a eso.

Harry se impacientó.

—Escuche, *sé que está ocurriendo algo fuera de lo común*. El sol debía haber salido a las seis cuarenta y dos. Pero no hay luz del día —explicó con voz vibrante—. Necesito que alguien me explique por qué.

Sacó su porta-documentos y mostró a la joven un nombramiento federal.

—Soy Harry McLaine. asesor privado del Presidente Carman. *Tengo que saber qué está sucediendo. Ahora mismo.*

La muchacha había palidecido.

—Es... espere un momento, señor McLaine. Iré a la cabina de

navegación. Tal vez el capitán tenga alguna noticia —dijo, apresuradamente.

Abandonó el *catering* y Harry fue en pos de ella. Pero un ayudante de navegación le interceptó.

—Siéntese, por favor. No puede entrar en la cabina de navegación —le empujaba por el hombro de forma discreta, pero enérgica.

Harry plegó los labios en un rictus de cólera contenida.

—Escuche, tengo que...

—Todos estamos tan nerviosos e intranquilos como usted, McLaine. Pero no puedo permitir que alborote al pasaje.

—¿Me conoce? —preguntó Harry, sorprendido.

—Su nombre está en la lista de pasajeros. Por otra parte, es usted un personaje muy conocido. Pero ello no le da derecho a prerrogativa alguna.

—Oiga, creo que no entiende...

—Siéntese, por favor —pidió el otro, autoritario.

McLaine retrocedió hacia su asiento.

Aún no se había acomodado en él, cuando la azafata que acababa de abandonar la cabina de navegación le llamó discretamente.

—Señor McLaine. El capitán Owens quiere hablar con usted.

Harry dirigió una rápida mirada al ayudante de vuelo que le había detenido. Por un momento estuvo a punto de ceder a la tentación de la revancha, pero finalmente se encogió de hombros y siguió a la joven que le guiaba.

Un momento después se entrevistaba con el comandante de la nave.

— Puedo comprender muy bien su inquietud, señor McLaine. Pero, créame, no es usted la única persona que ha observado el fenómeno. Ciertamente tenía que haber amanecido ya. Miles, quizá millones de personas en todo el mundo, han debido consultar esta mañana sus relojes, imaginando que eran éstos los que fallaban. Pero no: la hora es exacta. Sin embargo, la luz del Sol no baña la Tierra, aunque empieza a insinuarse una cierta penumbra hacia oriente —pronunció el capitán Owens.

—¿Cuál es su opinión personal? ¿Una tempestad u otra clase de fenómeno meteorológico...? —inquirió McLaine.

—¡Ojalá lo supiera! —respondió Owens—. Lo cierto es qua no tengo ni idea, pues nunca me ha tocado vivir una experiencia igual.

—Pero ¿es que no ha hecho nada? —clamó Harry, estupefacto.

—Cálmese —le aconsejó el piloto—. He pedido información a los observatorios meteorológicos de North Carolina y Nueva York. Estoy a la espera de recibir información.

Dejó su cigarrillo en un cenicero perdido en el maremágnum de aparatos que llenaban la carlinga y se volvió hacia Harry.

—Si tiene un poco de paciencia, sabrá tanto como yo. Siéntese. Jane, ¿quiere traer una taza de café para el señor McLaine? —pidió el capitán—. Créame, es ahora precisamente cuando todos debemos conservar un mínimo control sobre nosotros mismos.

El ingeniero de vuelo penetró en ese momento en la carlinga.

—¿Qué ocurre, Roberts? —preguntó el capitán, adivinando su presencia sin necesidad de volverse en su asiento.

—Algo extraordinario, señor. He observado formaciones de hielos sobre la parte superior de las alas y los alerones.

—¿Cómo, hielo...? ¡No es posible, Roberts! —exclamó Owens—. Estamos en agosto y apenas volamos a veinte mil pies de altitud. ¿Está seguro de que...?

—Absolutamente seguro, señor. Será preciso volar más bajo. Las formaciones de hielo van en aumento y podrían provocar una avería.

Harry comenzó a preocuparse seriamente.

Su primer pensamiento fue:

—Debe tratarse de una maniobra de los soviéticos.

Pero Vladimir Sorojov, comandante de un enorme Tupolev de la Aeroflot, que en aquel mismo momento volaba sobre Turquía, tuvo una idea paralela.

—Debe ser una maniobra de los capitalistas norteamericanos. Alguna nueva arma, capaz de alterar el clima, las condiciones meteorológicas.

No era ningún pensamiento descabellado. Harry McLaine estaba al tanto de las experiencias que tanto soviéticos como norteamericanos llevaban a cabo desde años anteriores relacionados con determinados aspectos de la guerra meteorológica.

Los descabellados proyectos —así lo juzgaba Harry en su interior — iban desde la posibilidad de desertizar amplias zonas del país contrario hasta provocar inundaciones locales o producir granizo que desolara grandes extensiones de plantaciones agrícolas.

El capitán Owens y su copiloto, el teniente Ferguson, habían decidido descender a una altitud de quince mil pies.

Contra lo que era de prever, las formaciones de hielo sobre el fuselaje y planos del Boeing-707 no se fundieron inmediatamente.

Entre tanto el ingeniero de comunicaciones había conseguido establecer contacto con los controladores del aeropuerto JFK.

—Negativo —fue la información que obtuvo—. Datos meteorológicos censurados. Sigan vuelo hacia JFK.

Owens y McLaine intercambiaron una mirada plena de tensión.

El cronómetro de a bordo señalaba las siete veintidós.

A través de los gruesos cristales de la carlinga no se advertía luz diurna alguna.

—Es increíble —oyó Harry murmurar al veterano piloto—. Absolutamente increíble.

En aquel momento, una azafata trajo una bandeja llena de diminutas tazas de café.

Harry atrapó una al vuelo e ingirió el ardiente líquido de un solo trago.

—No es posible —pensó, obsesionado—. El tiempo tiene que seguir su curso. Los astros no suelen detenerse. El tiempo pasa implacablemente. Tenía que haber amanecido ya. Pero el cielo sigue tan oscuro como si fuera noche cerrada.

Mientras Owens y el ingeniero de vuelo cuchicheaban en voz baja, Harry recordó algunas nociones de Astronomía.

En realidad, nada había seguro bajo la bóveda del cielo. En cualquier momento, una Supernova podía estallar, destruyendo y

desintegrando cuanto hallase a su paso.

—No se trata ya de nuestro planeta: un sistema solar entero podría ser arrasado en décimas de segundo. —pensó.

Tales pensamientos eran tan perturbadores, que Harry McLaine los evitó con un esfuerzo de voluntad considerable.

El ingeniero de comunicaciones intentaba obtener alguna información. Se advertía en su rostro la tensión y la frustración.

Entre tanto, el ingeniero de vuelo intentaba a toda costa fundir las capas de hielo de los alerones. El complicado sistema de aireación del mastodòntico Boeing-707 incluía unos calentadores que podían evitar estas anomalías en circunstancias normales.

Pero varios minutos después, el técnico penetró en la carlinga y dijo a Owens.

—Negativo. La capa de hielo no ha disminuido ni un milímetro, a pesar de que los calentadores de los planos funcionan a pleno rendimiento. Eso… eso quiere decir que la temperatura exterior debe ser bajísima.

Owens se inmutó.

Inmediatamente ordenó al ingeniero de comunicaciones que solicitara permiso a los controladores para utilizar un pasillo aéreo a los cuatro mil metros.

La autorización fue concedida al cabo de unos minutos, con la condición de disminuir la velocidad del crucero y permanecer absolutamente atentos a las señales de los radio-faros más próximos.

Pero a los cuatro mil metros, las capas de hielo no sólo no disminuyeron de grosor, por el contrario las formaciones aumentaron casi un centímetro.

Por fortuna, se encontraban apenas a ocho minutos del aeropuerto JFK, de Nueva York. Ya en zona de aproximación, Owens, un poco fuera de sí, solicitó información meteorológica a la torre de control.

Harry no estaba habituado a la jerga sintetizada que se utiliza en las comunicaciones radiofónicas entre las aeronaves y las torres de control, pero aun así pudo escuchar perfectamente algunas nociones, aisladas.

—Negativo. No información sobre temperatura. Viento calma…

Pista 3-A balización. Descienda 3.000... Negativo. No información fenómenos meteorológicos... Censura... Siga contacto...

Harry McLaine abandonó en silencio la carlinga a una señal expresiva del capitán Owens.

Cuando ocupó su asiento y se abrochó cuidadosamente el cinturón, una arruguita de preocupación fruncía su frente.

Estaba preguntándose acerca de las razones que tendría el Gobierno para imponer una rígida censura sobre lo que estaba ocurriendo.

CAPITULO IV

A las siete cuarenta y cinco minutos del doce de agosto, la temperatura ambiente en las calles de Nueva York era de 2 grados centígrados.

Empezaba a cundir el pánico ya.

Las comisarías de policía se veían desbordadas por los millares y miliares de consultas de los ciudadanos-.

Otro tanto ocurría en las emisoras de Radio y Televisión. Las líneas de teléfonos de las emisoras estaban saturadas hacia las ocho de la mañana.

A partir de esa hora, las autoridades policiales hubieron de enfrentar otro problema: el aumento fulminante de los delitos contra la propiedad: robos, atracos a mano armada, asaltos a automovilistas...

Parecía claro que los delincuentes no se asustaban fácilmente. Por el contrario, aprovechaban el desconcierto en su beneficio.

A esa hora, miles y miles de neoyorquinos desesperadas por no obtener una respuesta adecuada a sus preguntas ansiosas, decidieron echarse a la calle a bordo de sus grandes automóviles, dispuestos a encontrar a alguien que pudiera informarles.

Esto aumentó considerablemente el caos, pues no tardaron en producirse importantes embotellamientos en las arterias principales de la gigantesca metrópolis.

A Harry McLaine le esperaba uno de los automóviles del Presidente. Pero Jim Carmody, su conductor, supo preveer a tiempo la dificultad de llegar en automóvil al hotel Metropol, donde se alojaba el Presidente Carman.

—La solución está en un helicóptero —sugirió.

El helicóptero tardó quince minutos en llegar al helipuerto, situado junto a la terminal de llegadas nacionales.

Cuando el aparato se elevó en las tinieblas, Harry dirigió una mirada ansiosa hacia el Este.

Apenas se divisaba una leve luminosidad evanescente, en el punto

que debería ocupar el disco solar.

McLaine tuvo un pensamiento sombrío.

—¿Se habrá extinguido el sol?

Era absurdo imaginar tal cosa.

Parecía demostrado científicamente que el sol iría languideciendo a lo largo de millones de años, no en unas pocas horas.

El día anterior. 11 de septiembre, había sido una jornada especialmente cálida en todo el hemisferio del país norteamericano.

El sol había brillado cegador en un cielo puro, sin nubes, y la temperatura había ascendido en algunos puntos a los 41 grados.

—No, el sol no puede extinguirse en un momento —intentó tranquilizarse.

Hacía frío, un frío intenso en la cabina del helicóptero, a pesar de que la calefacción funcionaba a tope.

Harry que había partido de Plains Village vistiendo un fresco traje veraniego, aún tiritaba más que el silencioso piloto.

Desde las alturas, Harry contempló los inmensos atascos de tráfico y el concierto de bocinazos, escapes y gritos que llegaban desde las calles de Nueva York.

Sobre el fondo oscuro del firmamento, se divisó la alta mole del hotel Metropol.

El helicóptero se detuvo en el aire y descendió lentamente sobre la plataforma superior del edificio.

Uno de los empleados de Secretaría le estaba aguardando en la terraza.

—Venga conmigo, señor McLaine. El Presidente está impaciente. Ha preguntado varias veces por usted.

Descendieron hasta la planta catorce en un rapidísimo ascensor. Aquella planta estaba reservada exclusivamente al Presidente, sus familiares y allegados. Las plantas quince y trece eran ocupadas por los Secretarios de Departamentos, senadores y diputados, oficiales generales del Pentágono y el personal auxiliar.

Una fortísima vigilancia impedía que ningún intruso pudiera

penetrar en dependencia alguna de aquellas tres plantas.

Caminaron a paso vivo por los largos pasillos alfombrados.

—El Presidente ha celebrado una reunión de urgencia con los miembros del Gobierno y personalidades del Alto Estado Mayor. Parecía muy nervioso. Ahora se encuentra en sus habitaciones — le informó el empleado.

Un momento después se encontraba en presencia del Presidente. Este vestía uno de sus correctísimos trajes grises, pero sus cabellos despeinados y su rostro pálido y demacrado hablaba claramente de su intensa preocupación.

—¡Ah, Harry, al fin! —exclamó al verle—. Siéntese. Le apetece un brandy? Como puede apreciar, tenemos una mañana más bien fría.

Sonrió tristemente al comprobar que su asesor privado no había captado la ironía de su frase.

Carman se había sentado frente a McLaine en una actitud, tensa, expectante.

Después de que el camarero dejase sobre la mesa ovalada una bandeja de plata con una botella de brandy de reserva y dos copas, Carman miró fijamente a McLaine.

—Y bien, Harry, ¿tiene alguna idea acerca de lo que está ocurriendo? —pronunció.

—Sólo sé que no tenemos luz solar, que no se distingue el sol, que la temperatura desciende rápidamente; espero, naturalmente, obtener alguna información aquí. Los meteorólogos...

—¡Los meteorólogos! —se lamentó Carman—. Llevamos dos horas consultando incesantemente a los meteorólogos y astrónomos. El resultado no puede ser más desconcertante: unos opinan que un enorme asteroide se ha interpuesto entre el sol y la Tierra. Otros dicen que se trata de una espesa nube cósmica que interfiere los rayos del sol... Pero ninguno puede demostrar sus teorías. Créame, Harry estamos en con tacto permanente con los más modernos observatorios meteorológicos del mundo y todavía no hemos recibido una información concreta respecto a lo que está ocurriendo.

Alzó su copa con un ademán muy impaciente y probó un sorbo de licor.

—¿Cuál es su opinión, Harry? Como usted sabe, suelo fiarme más

de su criterio que de la opinión de los expertos. ¿Qué es lo que piensa? —preguntó, ávido de saber.

Harry se encogió de hombros.

Era un hombre sincero y sencillo, a pesar de ocupar un puesto de tanta responsabilidad como el de la asesoría privada del Presidente de los Estados Unidos de América.

—Estoy desconcertado —confesó—. Déjeme pensar.

Carman se alzó vivamente de su asiento y dio un rápido paseo a lo largo de la amplia y lujosa estancia.

—¿Sabe qué acaba de decirme mi hija menor, Patty? ¡Se lamentaba porque teme no poder bañarse esta mañana...!

Rió nerviosamente su propio comentario. Y al cabo volvió a sentarse y contempló fijamente a McLaine, el cual parecía sufrir un *impass* mental.

—La reunión que he mantenido con el Gobierno y el Estado Mayor no ha podido ser más tensa e inquietante. La mayoría de los hombres que rigen los destinos de este país parecen haberse puesto, por una vez, de común acuerdo. Piensan...

—¿Qué piensan, señor Presidente? —preguntó Harry, distraído. (En aquel momento, Harry estaba pensando en su recomendación a Joan acerca de tomarse un baño. ¡Era estúpido pensar en piscinas soleadas y claras aguas tibias cuando... la temperatura exterior había descendido ya a dos grados bajo cero...!)

—Todos creen que la URSS ha iniciado la guerra meteorológica contra Occidente —declaró Carman—. No pueden explicarse la naturaleza del fenómeno al que estamos asistiendo, pero coinciden en que debo ordenar el estado de emergencia total y disponer a las unidades del Ejército para una posible guerra sin reservas.

Harry alzó una ceja.

Aunque no le sorprendía demasiado la actitud de los gobernantes. Era, sencillamente, la misma clase de reacción que adoptaban siempre: la hostilidad.

—¿Qué me aconseja en este punto, Harry? —preguntó el Presidente, haciendo un esfuerzo por controlar su excitación.

—¿Mi consejo? El de siempre, señor Presidente: CALMA.

—¿Sólo eso? —exclamó, decepcionado—. Usted es el hombre de las grandes ideas. Y ahora necesito unas cuantas. Desesperadamente, Harry. Ya sabe lo que está ocurriendo en las calles: todos se están volviendo locos de inquietud e incertidumbre. Los asesinos y los ladrones son los más sensatos, aunque decirlo parezca una locura. Al menos, los delincuentes siguen adelante con sus actividades, ajenos a todo.

—Insisto. Mi consejo es el mismo: calma. Serenidad suficiente para obtener información, reflexionar y obrar en consecuencia.

—Harry, por amor de Dios. Son las ocho treinta y el sol no ha salido. ¡Y usted me recomienda serenidad…!

—Siga hablando, por favor. Pasee, muévase. Así sé desahogará. Y me permitirá pensar a mí.

Tal frase, dirigida a un Presidente USA podría ser tomada como una peligrosa impertinencia.

Pero lo cierto es que Robert Carman obedeció el consejo de su asesor privado. Es decir, se alzó de la mesa, paseó de un lado a otro de la estancia, y siguió hablando sin cesar.

—Acepto que su serenidad me impidió precipitarme en algunas graves ocasiones, Harry —dijo—. Pero usted sabe que hay coyunturas en que resulta imprescindible obrar con rapidez. Y mucho me temo que una de ellas sea ésta. Si, como todos mis hombres imaginan, la Unión Soviética ha dado luz verde a la Guerra meteorológica, nosotros debemos responder contundentemente, antes de que…

—Podemos averiguar si ellos no están sufriendo las mismas sorpresas y perjuicios que nosotros.

—¿Cómo…?

Carman se había detenido en seco.

—Nuestros satélites de observación pueden espiar amplias zonas de la URSS. Es muy posible que ellos tampoco tengan sol —respondió McLaine, confuso.

Carman se impacientó:

—¡Harry, Harry, el desconcierto le impide pensar razonablemente! En la mayor parte de la URSS será ahora mismo de noche. Por tanto, nuestros satélites no podrán observar mucho hasta que no…

—Hasta que amanezca. ¿A qué hora debería producirse el próximo amanecer en la frontera oriental de la Unión Soviética? —quiso saber McLaine.

El Presidente descolgó el teléfono e hizo una consulta que fue rápidamente resuelta.

—A las cinco de la tarde, hora de Nueva York —informó a su asesor.

—En tal caso, lo sensato es aguardar a esa hora. Si amanece en la URSS, creeré en la hipótesis de que los soviéticos han desencadenado algún tipo de guerra meteorológica. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

Tengo la corazonada de que no se trata de eso. sino de algo mil veces más grave, que tendrá una repercusión a escala mundial. En otras palabras: creo que se trata de un fenómeno que atañerá a todo el globo, algo desconocido e inquietante que todos debemos afrontar antes de que sea demasiado tarde.

—Pero...

—Nuestra estrategia principal debería estar basada en un supuesto dado.

—¿Qué quiere decir?

—Aunque sea duro aceptarlo, debemos prever lo peor. Es decir, nuestros planes tendrían en cuenta la posibilidad de que no tengamos sol en varias fechas...

Carman se alteró.

—¿Quiere... quiere decir que es posible que no vuelva a amanecer? —susurró patéticamente.

—No puedo permitirme contar con otra cosa que con los hechos. El sol no ha salido hoy. Si no saliera más... O si transcurrieran varias fechas sin sol, los resultados no se harían esperar...

—¡Hable, explíquese!

—Yo no entiendo mucho de meteorología ni astronomía, ¡Tero no necesito estos conocimientos para calcular que la temperatura descenderá progresivamente. Mi visión global del problema es ésta...

Durante quince minutos, Harry McLaine describió al Presidente un

futuro empavorecedor.

La primera amenaza de una Tierra sin sol era la bajísima temperatura. La Tierra iría enfriándose día a día. hora a hora. minuto a minuto.

Los lagos acabarían por helarse. Y también los ríos y los mares.

Sin luz del sol, los vegetales verían interrumpida la función clorofílica. Y en consecuencia no generarían oxígeno, sino anhídrido carbónico, altamente venenoso.

A la contaminación ambiental propia de las civilizaciones del desarrollo y el consumó se añadiría la falta de oxígeno generado por los vegetales y la engendrada al tener que mantener las calefacciones encendidas veinticuatro horas al día.

Si los mares se helaban, el transporte de combustible a través de los océanos sería imposible. Por otra parte, los yacimientos petrolíferos al aire libre dejarían de producir petróleo. puesto que los trabajadores se negarían a hacer su trabajo a la intemperie y bajo condiciones extremas, dado que la temperatura seguiría descendiendo implacablemente.

Tampoco era factible pensar en el aprovisionamiento de petróleo mediante el transporte aéreo. Este tipo de transporte no estaba aún preparado para trasladar cantidades de combustible suficientes para un aprovisionamiento rápido y eficaz.

Aparte de ello, las aeronaves tendrían graves problemas para volar a bajísima temperatura. (Harry relató al Presidente las incidencias del vuelo realizado aquella mañana desde Plains Village a Nueva York, trayecto de unos mil kilómetros aproximadamente.)

Con ser grave el panorama, aún se vería agravado más por ciertas circunstancias derivadas de la ausencia de cambios térmicos en la atmósfera. Por ejemplo, no se originarían tormentas, vendavales ni lluvias.

En consecuencia, el aire permanecería estático y la contaminación alcanzaría niveles letales para la vida humana.

Esto y mucho más explicó Harry McLaine al Presidente. Al cabo de un largo silencio, Carman declaró:

— Me ha descrito un panorama tan sombrío, que sería deseable que sólo se tratase de un experimento de guerra meteorológica por parte de la URSS.

CAPITULO V

Harry consiguió establecer comunicación telefónica con Plains Village hacia las once de la mañana. Para ello fue preciso enviar un acuciante telegrama al jefe de policía de la localidad, el cual obligó a la operadora de Plains Village a dejar libre una línea telefónica.

En cuanto oyó la voz de Joan, McLaine comprendió que su esposa estaba aterrada.

—¡Por amor de Dios. Harry! ¿Qué es lo que está ocurriendo? —acababa de pronunciar ella, profundamente angustiada.

Harry tragó saliva.

¿Convenía decir la verdad o disfrazar ésta para tranquilizar a su esposa?

Se decidió por la verdad, cruda y escueta.

— Los astrónomos dicen que se trata de una mancha negra, densa, que se interpone entre el Sol y la Tierra e impide que los rayos solares lleguen hasta nosotros. Imagino que esto te ha sorprendido mucho, que ha llegado a preocuparte. Como a todos. Pero no te alarmes demasiado.

—¡Dices que no me alarme! Harry, Harry, debía ser de día y es de noche. ¡Noche absoluta! No oigo cantar a los pájaros en el jardín, todo está en silencio... Después del histerismo y las explosiones de pánico, la gente se ha recluido en sus casas y apenas se ven circular por las calles los coches de la policía o una ambulancia... ¡Y tú dices que no debo alarmarme!

A pesar de que la calefacción del hotel Metropol trabajaba a bajo rendimiento, Harry notó su cuerpo empapado en sudor.

—Puedo comprender tu estado de ánimo, querida. Y admito tus protestas —expresó con voz cálida, suave, convincente—. Pero de nada vale perder los nervios. Es posible... Si, es posible que este fenómeno sólo dure unas horas. Y luego, todo volverá a ser igual. Veremos la luz del sol, sentiremos sus ardientes rayos sobre nuestros cuerpos y volverás a oír los trinos de los pájaros en el jardín. ¡Incluso podrás ir a bañarte!

Harry oyó el prolongado suspiro de Joan.

—Ojalá tengas razón —la voz femenina era un poco más reposada ahora—. No puedo negarlo, Harry: tengo miedo.

—Es natural. Nos enfrentamos a un fenómeno extraño, desconocido, cuyo origen nadie puede explicarse… aún.

—Han corrido rumores. El jefe de policía dijo que debíamos estar prevenidos por si se trataba de una agresión exterior. «Guerra meteorológica», dijo él. ¿Crees que puede tratarse de algo semejante?

«Ojalá sólo se tratase de eso», pensó McLaine.

—No lo creo, pero si fuera así nuestro país dispone de recursos para afrontar esto y responder adecuadamente a la agresión. Ahora permíteme que te dé algunos consejos…

—¿Consejos?

—Sí. En primer lugar, dime, ¿nuestra casa está bien abastecida de combustible?

—Sí. Por fortuna, hace unos días nos llenaron el tanque de propano. Además, ya sabes cuánto me gusta el fuego de troncos en invierno. La leñera está llena de troncos de roble —respondió Joan.

—Muy bien. ¿Alimentos?

—El congelador está lleno de carne y pescados. También hay suficiente cantidad de legumbres y conservas. Supongo que nuestras reservas bastarían para asegurar nuestra alimentación durante un par de meses.

—Perfecto. ¿Ropas de abrigo?

—Ya sabes que soy muy friolera. Tengo ropa suficiente. Pero ¿por qué te preocupas tanto? —un trémolo de angustia vibraba en la voz femenina.

—Simple precaución. Ya sabes que soy excesivamente cauteloso. De todas formas, llama por teléfono a Bob Delaware y pídele que te lleve un camión de carbón a casa. Nunca estará de más…

—¡Harry! Se diría que estás maquinando pasar un invierno en Groenlandia —exclamó la señora McLaine.

—Más vale prevenir. De tocias formas, disponer de combustible suficiente nunca estará de más en los tiempos que corren. Ya sabes que los productos energéticos suben de preció continuamente —trató

de bromear él.

Se produjo un silencio.

Luego Harry susurró:

—Imagino que mi rifle está en buenas condiciones…

—¿Por qué lo preguntas?

—Nunca se sabe. Se han dado numerosos casos de asaltos y robos. Los delincuentes van a lo suyo. Ya conoces el refrán: «A río revuelto…»

—El rifle está en buenas condiciones, pero no sé si tendría serenidad para usarlo, en caso de necesidad. ¡Me siento tan nerviosa…!

—Cálmate. Yo…

—¡Siempre me pides lo mismo! ¡Calma, calma! ¡Como si fuera tan fácil conservarse serena en estas circunstancias!

Harry se inmutó.

Su esposa parecía a punto de estallar en sollozos.

—Vamos, querida. Estaré contigo en cuanto me sea posible. La vida volverá a la normalidad. Probablemente el próximo fin de semana podremos ir de excursión a las montañas Gibson. Tengo una autorización para cazar uno o dos muflones. ¿No te hace ilusión pasar un fin de semana en un entorno salvaje y tranquilo?

Joan asintió vivamente.

—Tú sabes que me encanta pasar muchas horas seguidas en tu compañía, sea donde fuere. Pero ahora las Gibson y esas laderas arboladas parecen tan lejanas…

—Ya verás cómo no es así. A propósito… No te olvides de encerrar a «Kooran» contigo.

«Kooran» era un gran danés de impresionante alzada, muy agresivo para con los extraños.

—Está bien, lo haré. En cuanto cuelgue —prometió.

—Y esto… Revisa el rifle, engrásalo bien, asegúrate de que funciona perfectamente y mira si dispones de suficientes cartuchos —dijo McLaine.

La respiración de Joan se volvió más entrecortada.

—Harry, me asustas con tantas recomendaciones —exclamó.

Pero la voz de su marido tenía un tono festivo cuando respondió:

—Querida, probablemente todas esas precauciones no sean imprescindibles, pero nunca está de más mostrarse cauteloso —Hizo una pausa y añadió—: Cada dos o tres horas, comprueba que el teléfono funciona...

—Pero...

—Cierra bien todas las puertas y ventanas, baja las persianas, pero deja alguna luz encendida —siguió aconsejando—. Mantente lejos de las ventanas y procura que tu silueta no se proyecte a contraluz...

—Harry, ¡estoy empezando a sentir verdadero espanto! —exclamó Joan.

—Pero ¿por qué? Son las precauciones que cualquier mujer que vive sola tomaría al llegar la noche.

—Está bien. Sigue.

—Así me gusta, que conserves el ánimo —aplaudió McLaine—. Pues bien, poco más hay que añadir. Si alguien llama, asegúrate de identificarle previamente. No abras a ningún desconocido y si alguien llegase a rondar la casa, descuelga el teléfono y llama a la policía inmediatamente.

Al otro lado de la línea se escuchaba la fuerte respiración de la mujer.

—Me has oído, ¿verdad? —quiso asegurarse Harry.

Ella murmuró un apagado sí.

—En el improbable caso de que algún merodeador intentase forzar una puerta o ventana dispara al aire para disuadirle. pero si adviertes peligro inminente, no dudes en tirar a dar...

—¡Dios mío, no sé si sería capaz de...!

Su esposo se apresuró a tranquilizarla.

—Por supuesto, no creo de ninguna forma que un incidente así se produjera, pero todos los consejos qué acabo de darte van orientados precisamente a que tengas que enfrentarte con un problema de esa

naturaleza.

Hinchó el pecho de aire y añadió:

—Te quiero, amor mío.

—Harry, yo también te amo. Apasionadamente.

—Espera que vuelva. Lo de anoche no será nada comparado con...

—¡Calla-! Esas cosas no pueden decirse por teléfono —exclamó ella, pudorosa.

—Está bien. Tengo que volver junto al Presidente. Te llamaré cuantas veces me sea posible —prometió Harry.

Le envió un sonoro beso a través del teléfono y añadió:

—Ahora, enciende el televisor y siéntate a ver una buena película. Estoy seguro de que darán buenos programas. Piensa en mí pero evita cualquier pensamiento triste.

—Lo intentaré. Pero...

—¿Qué?

La respuesta al interrogante tardó unos segundos en llegar a los oídos de Harry McLaine.

—Me siento muy sola. Espantosamente sola. Si pudiera tenerte conmigo...

—Pronto, querida, muy pronto. Ya lo verás. Buenos días...

—¿No sería mejor decir «buenas noches» —respondió ella.

Harry dejó escapar una risita forzada.

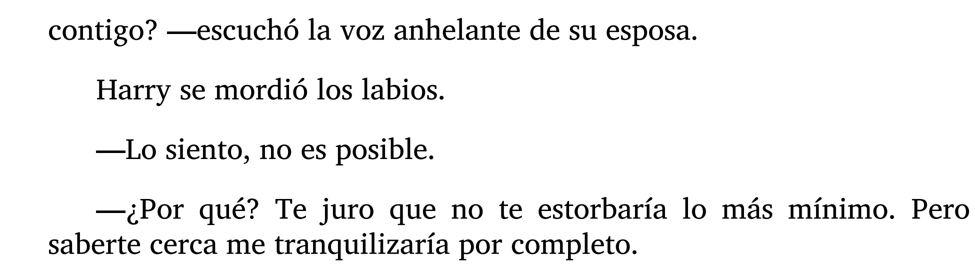
—Vaya, veo que a pesar de todo conservas el sentido del humor —exclamó—. Está bien, como prefieras. Buenas noches, pues.

—¡Espera!

Harry se mostró impaciente. Un ordenanza del Presidente le aguardaba al otro lado de la mesa de despacho. Indudablemente, Carman le necesitaba.

—¿Sí, cariño? —preguntó, nervioso.

—Estoy pensando... ¿por qué no tomo el primer vuelo y me reúno



contigo? —escuchó la voz anhelante de su esposa.

Harry se mordió los labios.

—Lo siento, no es posible.

—¿Por qué? Te juro que no te estorbaría lo más mínimo. Pero saberte cerca me tranquilizaría por completo.

—Ya te he dicho que no es posible...

—Pero no me has explicado la razón que lo impide —insistió ella, tenaz.

Harry buscó inmediatamente un subterfugio.

—Verás: hay una gran tensión aquí. No puedo ser más explícito. Por otra parte, el Presidente exige mi presencia a cada momento. Apenas podríamos vernos. Lo más probable es que no pueda permitirme más descanso que un par de horas de sueño. En tales circunstancias, lo más aconsejable es que sigas en casa, donde dispones de comodidades que no tendrías aquí...

—¿Qué importan las comodidades? Estando junto a ti, lo demás no importa.

Harry distendió los gruesos labios en una sonrisa triste.

Que Joan estaba profundamente enamorada de él lo sabía, pero no por ello le resultaba menos placentero oírselo decir una vez más.

Por desgracia, no podía contestar afirmativamente a los fervientes deseos de su esposa.

—Gracias por decir eso, cariño. Pero, créeme, definitivamente no es posible que permanezcas junto a mí. Son órdenes estrictas del Presidente. Sólo podrán permanecer en estas tres plantas las personas afectas a la presidencia. Buenas noches, querida.

—Buenas noches, Harry —respondió ella con triste entonación.

McLaine colgó en seguida.

Sentía una extraña opresión en el corazón.

Todavía resonaban en sus oídos las últimas palabras de ambos:

—*Buenas noches, querida*.

—*Buenas noches, Harry*.

Ambos habían caído en la trampa de una forma inconsciente. Aunque debería ser de día, ellos aceptaban ya fatalistamente vivir en plena noche.

Pero no era este sarcasmo lo que más daño le hacía a Harry McLaine.

No había dicho la verdad a su esposa. Joan no podría venir a Nueva York, pero la imposibilidad no dimanaba del Presidente, sino de una de las restrictivas disposiciones que el propio Harry había propuesto, ya aceptada a nivel general: los viajes colectivos por tierra, mar y aire habían sido prohibidos con el fin de ahorrar energía.

Joan, desgraciadamente, no podría reunirse con él en Nueva York. Y lo más dramático era que tampoco Harry podría separarse del Presidente en muchas horas.

Allá en la inmensidad del firmamento, el sol seguía sin dejarse ver, según pudo comprobar Harry dirigiendo una ansiosa mirada a través de los anchos ventanales.

CAPITULO VI

Un malhumor de todos los diablos se había apoderado del asesor McLaine. La ira y la indignación se reflejaban en su rostro de modo tan evidente, que ni siquiera ante el Presidente pudo disimular su estado de ánimo.

—¿Qué le ocurre, Harry? Le veo desencajado —dijo Carman.

—¿Cómo debo sentirme? Acabo de saber que en el edificio de las Naciones Unidas se siguen debatiendo asuntos de interés particularísimo. Los rusos se desgañitan acusando a nuestro Gobierno de prestar ayuda bélica a Israel y nuestro representante se queja de la incursión de tropas rusas en varios países asiáticos. ¡Todo eso es estúpido, incongruente, infantil! Están dilapidando tiempo y dinero en tratar asuntos insolubles, cuando todos los países deberían dedicar toda su atención a resolver el problema con que todos nos enfrentamos: un mundo sin sol.

Carman le observó críticamente.

—Harry, comprendo su estado de ánimo, pero debo llamar su atención sobre una verdad incuestionable: aún no estamos seguros de que *todo el mundo* esté implicado en el problema del eclipse permanente de sol. Muy bien pudiera tratarse de una agresión soviética —pronunció el Presidente con cautela.

Harry consultó su «Rollex».

—Son las cuatro *de la tarde* —puso especial énfasis al pronunciar las tres últimas palabras—. Dentro de una hora comprobaremos sin lugar a dudas si verdaderamente se trata de una agresión soviética. De momento, y según mis últimos informes, el sol no ha aparecido sobre Asia. ¡Y ya debía haber amanecido en aquel continente!

Carman le permitió desahogarse. Y luego volvió a exigir su atención.

—De todas formas, Harry, todas las unidades del Ejército están en estado de alerta —declaró—. El Congreso ha aprobado una resolución: respuesta atómica a la URSS si se demuestra su agresión a Occidente mediante la guerra meteorológica.

McLaine inclinó la cabeza, abrumado.

Su pensamiento había volado raudo a Plains Village, a mil kilómetros de distancia, donde le aguardaba Joan, sumida en la incertidumbre y el temor.

—Y eso, no nos engañemos, significaría el fin —puntualizó con toda la crudeza de que fue capaz.

La frente del Presidente se cubrió de gruesos goterones de sudor.

—Lo sé. Pero no tenemos otro camino. Si no respondemos a la URSS con energía, los comunistas pulverizarán la civilización de Occidente con su materialismo y su intransigencia —declaró—. Personalmente, estoy contra las confrontaciones de guerra total, pero no olvide que la mayoría de los norteamericanos que me eligieron Presidente exigen una actitud dura para con los soviéticos y su bloque.

Harry no hizo ningún comentario. Sabía por experiencia que ciertas actitudes de los gobernantes eran irreversibles.

Al final de una pausa, Carman añadió:

—De todas formas, me preocupan en extremo las consecuencias de este prolongado eclipse de sol. Quiero que sepa que el Gobierno ha puesto en marcha una parte de su plan.

Como Harry era su autor, conocía aquel plan a la perfección.

La primera medida consistía en proteger mediante unidades de la Armada y la Fuerza Aérea a los petroleros que en aquellos momentos cruzaban los océanos cargados de combustible con destino a Estados Unidos.

Una disposición complementaria consistía en hacer a la mar una gigantesca flota de petroleros, butaneros y otros buques de gran tonelaje que se dirigirían apresuradamente a los países productores de petróleo, cargarían sus tanques y realizarían la singladura de regreso a toda la velocidad posible, protegidos igualmente por barcos y aviones.

Respectó al asunto del aprovisionamiento urgente, se había tenido en cuenta la opinión del profesor Hansley, un catedrático muy famoso de Harvard, experto en temas meteorológicos y de Climatología.

Hansley había dicho:

—Si el eclipse se prolonga veinticuatro horas, la superficie de los mares se helará en las zonas más alejadas del Ecuador. Y en consecuencia, la navegación se hará cada vez más dificultosa, para terminar siendo absolutamente imposible.

Por eso urgía acopiar la mayor cantidad de combustible antes de que se cumplieran las precisiones del profesor Hansley, que tenía fama de hombre sabio, eficiente y nada inclinado al alarmismo.

La segunda medida de urgencia era la prohibición en todo el territorio nacional de los viajes colectivos por tierra, mar y aire.

—Sin esta prohibición, las personas que viven en pequeñas localidades se apresurarían a tomar el tren, el autocar o el avión con destino a las grandes urbes, donde imaginarían encontrar mayor protección y abastecimiento. Una concentración tan rápida y brutal llevaría el colapso funcional a las grandes ciudades —había explicado Harry McLaine.

Nadie podría recriminarle esta medida precautoria: él había sido el primero en sufrirla, puesto que su esposa no podría reunirse con él mientras durase el estado de emergencia.

La disposición segunda se complementaba con la prohibición de circular a los vehículos privados, que sólo podrían ser utilizados en casos urgentes: accidentes graves, traslado de enfermos, etc.

Los transportes por carretera serían organizados por el Gobierno y los camiones deberían viajar siempre con autorización escrita de los delegados gubernamentales.

Las telecomunicaciones en el sector público se limitarían a funcionar cinco horas diarias. Los teléfonos privados sólo podrían usarse para asuntos graves, tales como pedir ayuda médica, policial o de otra índole, como la presencia de bomberos, etcétera.

Las emisoras de radio y televisión sólo emitirían noticias censuradas por el Gobierno. Se recomendaba la emisión incesante de espacios musicales, culturales y, sobre todo, recreativos, con lo que se intentaría mantener distraída a la población. (La NBC sólo emitía aquel día programas de humor).

Otra disposición ordenaba reducir el alumbrado público y estaba previsto que éste se cortase totalmente durante ocho horas diarias si el actual estado de emergencia se alargaba más de veinticuatro horas.

Se aconsejaba la prudencia en el consumo de energía y se daban algunas normas para conseguir una disminución en las necesidades de calefacción. (Por ejemplo, reunir a todos los miembros de la familia en una sola habitación, con lo cual se evitaba tener que calentar toda la casa.)

Las emisoras de radio y televisión emitían programas informativos en los que se prevenía a los ciudadanos sobre el asalto de los ladrones. Se recomendaba mantener cerradas puertas y ventanas y observar todas las medidas de seguridad elementales.

Se enseñaba a curar a un herido sin necesidad de hacer venir al médico, a practicar la respiración artificial y se impartían toda clase de conocimientos para la reparación de averías y la resolución de pequeños accidentes imprevistos.

Finalmente, se habían reforzado las unidades de policía con miembros de la Guardia Nacional y el Ejército montaba guardia en las centrales de energía y otros edificios públicos de importancia estratégica, además de vigilar las costas intensamente.

Todas estas medidas habían sido ratificadas por el Senado y cada ciudadano tenía el deber de conocerlas y cumplirlas.

A las cuatro cuarenta y cinco de aquella tarde, la temperatura había descendido a cuatro grados centígrados bajo cero.

Todavía no habían comenzado a helarse las conducciones de agua potable, pero este percance no tardaría demasiado en producirse.

En aquel momento, Harry McLaine era informado de los comunicados llegados desde las capitales de diversos países del bloque occidental.

En Italia, bandas organizadas de merodeadores habían asaltado las centrales de los más importantes bancos. Los delincuentes se habían mostrado particularmente peligrosos, pues las noticias llegadas de la península itálica aseguraban que en Nápoles habían llegado a utilizar cañones antitanques para abrirse paso y descerrajar los cierres de las cámaras acorazadas.

Un asalto al Banco Nacional en Roma había sido repelido por tuerzas especializadas del ejército, que se vieron obligadas a abatir a dieciséis atracadores para impedir el expolio de los tesoros nacionales.

En París, sumido igualmente en las tinieblas, se había producido un caso de locura colectiva. Un alucinado que conducía una furgoneta dotada de un potentísimo altavoz había anunciado el fin del mundo, provocando el terror de los ciudadanos, los cuales habían cargado sus automóviles de vituallas y ropas y habían huido en oleadas hacia su sur, pues aquel loco de! altavoz aseguraba que la salvación estaba en el mar.

Cientos de miles de automóviles de todos los tamaños y marcas abarrotaban las autopistas que se dirigían al sur, produciendo colosales embotellamientos, que habían degenerado en batallas campales, con el único objetivo de abrirse paso hacia el codiciado Sur…

En Suiza, habían sido saqueados varios bancos. Con la protección de las tinieblas, los ladrones no habían dudado en utilizar grandes cantidades de Goma-2 para llegar hasta los depósitos subterráneos, de donde habían desaparecido centenares de toneladas de oro y otros metales preciosos en lingotes.

En diversas ciudades de Alemania, se habían producido fenómenos de neurosis y psicosis colectivas. Y así, centenares de ciudadanos en avalancha se habían precipitado sobre supermercados y almacenes de productos alimentarios, que habían saqueado y destrozado irrefrenablemente,

En Copenhague, los disturbios tenían otro cariz. Aquí la obsesión de los ciudadanos más excitados consistía en aprovisionarse locamente dé combustible. Se habían asaltado estaciones de servicio y depósitos de butano. En uno de estos últimos se había producido una explosión tan potente que diez manzanas de casas habían resultado completamente arrasadas por la colosal deflagración y el devastador incendio que sucedió a ésta. La catástrofe había costado la vida a más de tres mil personas…

Las noticias que llegaban por los conductos privados internacionales no sólo eran inquietantes, sino que bordeaban el límite de lo terrorífico.

—Y todo esto por un solo día sin sol… —murmuró McLaine, fuertemente impresionado.

El Presidente acababa de tomar una nueva resolución, previamente consultada con su asesor privado.

Y así, unidades navales de la VII Flota Norteamericana cerraban ya el paso al Golfo Pérsico de petroleros y buques de otras nacionalidades. Veinte mil marines copaban los pozos petrolíferos con el apoyo logístico de aviones, tanques y vehículos lanza-misiles.

—No vamos a monopolizar el petróleo —afirmó Carman—, pero nos ocuparemos de que sea justamente repartido.

Entretanto, el segundero del cronómetro de Harry McLaine daba su última vuelta en la esfera antes de marcar la hora fijada: las cinco

de la tarde.

Poco después, la puerta del despacho del Presidente se abrió y apareció uno de sus jóvenes secretarios.

—Señor Presidente, los satélites de observación acaban de enviarnos su información —dijo con voz grave.

—¿Y bien...?

—El sol tampoco ha amanecido sobre la Unión Soviética —respondió el funcionario.

Carman cambió una tensa mirada con Harry McLaine,

—Así que. al fina! de todo, nuevamente ha acertado, Harry. La URSS parece ajena a cualquier manejo meteorológico —susurró.

Se pasó una inquieta mano sobre los ojos, se estrujó los párpados y suspiró.

—¿Qué podemos hacer en un caso así? —exclamó, como si la pregunta fuera más bien dirigida a sí mismo que a su interlocutor.

—Lo que debimos hacer desde primeras horas de esta mañana —respondió Harry, cuyas facciones se habían animado un tanto.

—¡Explíquese! —rogó el Presidente, con vehemencia.

—Trasládese en helicóptero a Manhattan, pida una entrevista con el secretario general de las Naciones Unidas y pida dirigir la palabra a los asambleístas que siguen dirimiendo sobre el sexo de los ángeles —respondió McLaine—. Al fin y al cabo, todavía queda la esperanza de que la Organización de las Naciones Unidas sirva para algo más práctico que para consumir centenares de turnos de intervenciones absurdas que rozan lo pueril.

Carman cruzó los dedos de ambas manos.

—Veamos, ¿me propone que trate de obtener la ayuda de todas las naciones para encontrar una salida a la situación, creada por ese raro eclipse de sol? —preguntó.

—Exacto, señor Presidente. Hágales comprender a los señores delegados que todas las demás cuestiones pueden esperar, que ahora lo que interesa es resolver este angustioso problema. Convénzales de que urge unirse (aunque sólo sea por una vez en la vida) para evitar que la Tierra siga enfriándose gradualmente. Hábleles con calor

suficiente para lograr que olviden su estúpida soberbia. Consiga despertar en ellos su sentido de la solidaridad. Y dígales, por último, que si no se dan prisas, toda la Humanidad perecerá congelada. La muerte no llegará rápida para todos, sino espantosamente lenta…

CAPITULO VII

El sonido del teléfono la obligó a despertar de un respingo.

Con la torpeza propia del sueño agitado e intranquilo que acababa de interrumpirse, Joan McLaine corrió hacia el teléfono.

Descolgó el auricular de un manotazo vehemente y se lo llevó al oído.

—¡Harry! —exclamó alegremente, al escuchar la entrañable voz a través del hilo telefónico.

—¡Hola, cariño! ¿Estás bien?

La alegría de Joan se apagó un tanto.

--Bueno, sí... Estoy bien. ¿Y tú?

—Exhausto. No he descansado un minuto desde que llegué aquí.

Una nueva pausa.

—Oye, ¿sabes algo nuevo respecto a... al eclipse? --vibró la voz con un trémolo de incertidumbre.

—No. Es decir, sí. Ahora sabemos que el fenómeno nada tiene que ver con los rusos —respondió el hombre, seguro de lo que decía.

—¡Menos mal! —se burló ella—. Me veía atacada por un escuadrón de cosacos.

Harry rió, nervioso.

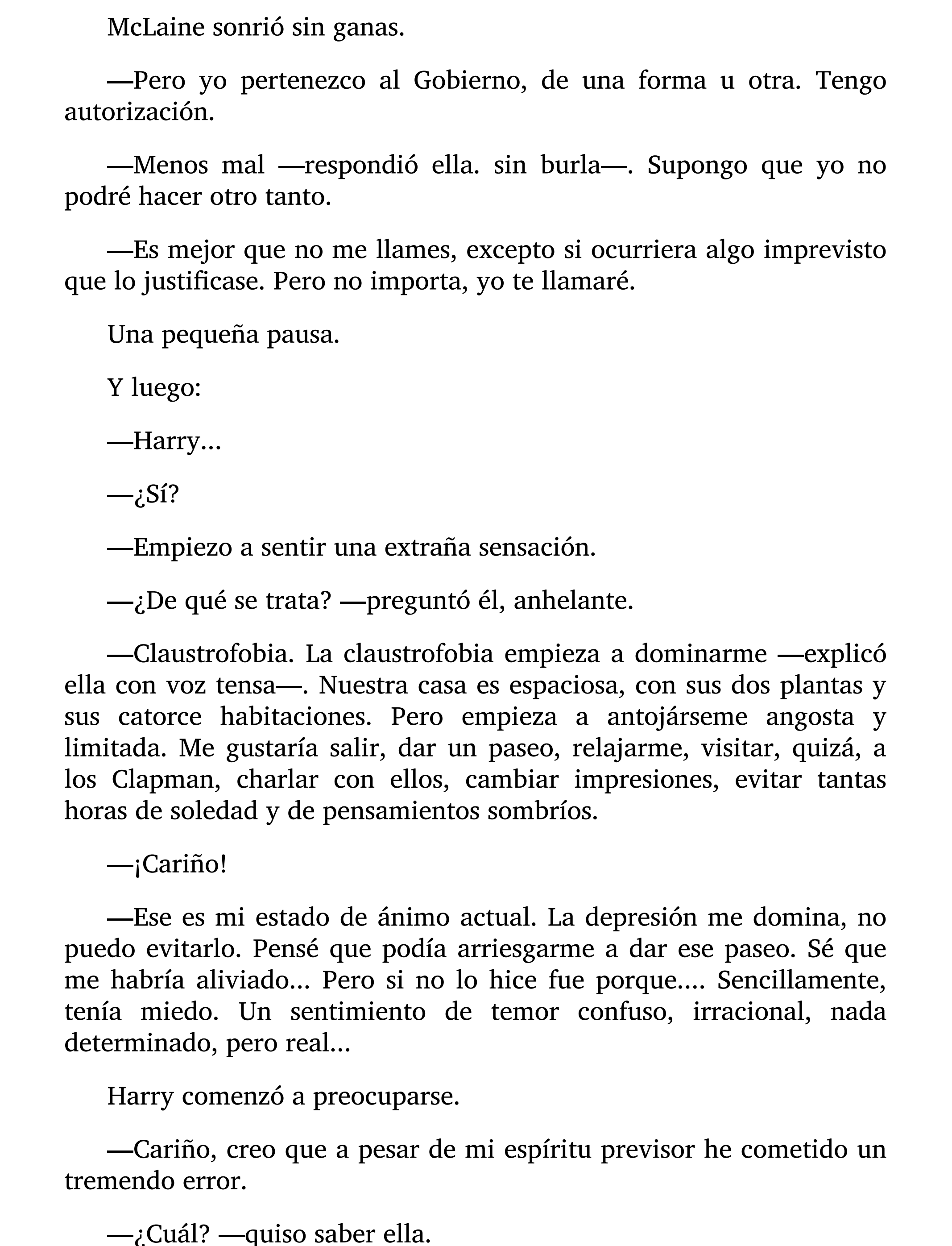
—¿Te trajo Bob Delaware el carbón? —preguntó.

—No llegué a llamarlo. Un boletín informativo de la televisión informó de que no debíamos utilizar el teléfono sino en los casos de verdadera urgencia.

Harry se pellizcó el labio inferior con su mano libre.

—Ya...

—Oye, ¿no crees que pueden llamarte la atención por utilizar el teléfono sin urgente necesidad de hacerlo? —preguntó—. Al parecer, se trata de una medida de excepción que todos debemos observar.



McLaine sonrió sin ganas.

—Pero yo pertenezco al Gobierno, de una forma u otra. Tengo autorización.

—Menos mal —respondió ella. sin burla—. Supongo que yo no podré hacer otro tanto.

—Es mejor que no me llames, excepto si ocurriera algo imprevisto que lo justificase. Pero no importa, yo te llamaré.

Una pequeña pausa.

Y luego:

—Harry…

—¿Sí?

—Empiezo a sentir una extraña sensación.

—¿De qué se trata? —preguntó él, anhelante.

—Claustrofobia. La claustrofobia empieza a dominarme —explicó ella con voz tensa—. Nuestra casa es espaciosa, con sus dos plantas y sus catorce habitaciones. Pero empieza a antojárseme angosta y limitada. Me gustaría salir, dar un paseo, relajarme, visitar, quizá, a los Clapman, charlar con ellos, cambiar impresiones, evitar tantas horas de soledad y de pensamientos sombríos.

—¡Cariño!

—Ese es mi estado de ánimo actual. La depresión me domina, no puedo evitarlo. Pensé que podía arriesgarme a dar ese paseo. Sé que me habría aliviado… Pero si no lo hice fue porque…. Sencillamente, tenía miedo. Un sentimiento de temor confuso, irracional, nada determinado, pero real…

Harry comenzó a preocuparse.

—Cariño, creo que a pesar de mi espíritu previsor he cometido un tremendo error.

—¿Cuál? —quiso saber ella.

—Debí aconsejarte que pidieras asilo a los Clapman. Discúlpame. no pensé en ello. Estaba distraído con otras cuestiones…

—¿Qué cuestiones?

—Cosas de la seguridad nacional de las que no puedo hablar. Pero ahora comprendo qué debiste ir a vivir con los Clapman. Esta misma mañana.

—Sí —murmuró Joan, con voz lejana—. Imagino que no me sentiría tan sola como aquí, con la casa silenciosa y fría. He seguido las instrucciones gubernamentales que dio la televisión. Me he refugiado en el pequeño cuartito de estar. He encendido un solo radiador eléctrico y me he puesto ropa de abrigo. «Kooran» está echado a mis pies. También nuestro perro acusa el frío. Estoy pensando que distraeré las horas tejiéndole un abrigo de punto. Aunque con su corpachón...

—Es demasiado tarde y hace demasiado frío. Si no te aconsejaría que tomases tu coche y te dirigieras a casa de los Clapman —observó él.

—Sí. Hace demasiado frío. Hace un momento, pasé unos minutos asomada a la ventana, aunque previamente apagué la luz. Grinsom Row estaba completamente cubierta de escarcha. El chalet de los Betrank, el jardín de los Rover, los faroles del alumbrado público, la calzada e incluso una vieja furgoneta... Todo está cubierto de escarcha. Y todo está silencioso, muerto...

—¡Joan, no me gusta que hables con ese tono de desesperanza! —la apostrofó él, con los nervios a flor de piel.

—No puedo evitarlo —susurró ella—. ¡Todo parece tan triste sin la luz del sol! Si estuvieras aquí, después de pasar todo el día sola, podrías comprender mi estado de ánimo, Harry. Pero tú te encuentras en un gran hotel, rodeado de importantes personajes que van y vienen... La soledad es mil veces peor que cualquier otra sensación, esposo mío. Y luego ese paisaje invernal... en pleno mes de agosto. Se está formando hielo en los ángulos de los ventanales. Todo está frío, silencioso y triste.

Harry se entristeció.

—Lo siento. El previsor Harry McLaine no tuvo en cuenta que la soledad te pesaría de modo insoportable. Esperaremos a mañana, tal vez...

—Tal vez... ¿qué?—murmuró ella, con hastío.

—Quizá todo se resuelva. Hay que tener esperanzas. Joan. Si nos derrumbamos ahora... Bien, ya sabes cuánto te quiero. Me gustaría pensar que la segundad de mi amor te sirve de consuelo...

—Ten la seguridad de que así es. Me he pasado la tarde mirando una y otra vez nuestros álbumes de fotos. La sencilla boda, el viaje de luna de miel a Hawai, nuestras excursiones a las Gibson... Ver de nuevo esas fotos, recordar los momentos felices que hemos vivido juntos, todo eso me ha hecho mucho bien, me ha... confortado. Pero al fin, ya no Quedaban más fotos que ver. Y el silencio me agobia hasta la desesperación.

—Pon el televisor. Te distraerás.

—He visto siete películas de humor a lo largo del día. Las absurdas piruetas de Buster Keaton, de Lloyd, de Chaplin, de Bud Abott y Lou Costello, Jerry Lewis... todo eso me divirtió durante un rato, pero acabó cansándome... Creo que será mejor que busque algunas lanas y me ponga a tejer el abrigo para «Kooran». ¡El pobre está tiritando de frío...!

—¡¡Aumenta la calefacción, enchufa otro radiador...! —exclamó McLaine, impaciente.

—No debo hacerlo. Las instrucciones son claras: hay que ahorrar el máximo de energía. Sin embargo, el país necesita algo más que buenos y sesudos consejos...

—¿Qué crees tú que necesita?

—Esperanza. E información veraz y completa. Tenemos derecho a saber qué está ocurriendo. Sólo que el Gobierno trata a los ciudadanos como niños atolondrados. Le oculta a propósito la verdad, con la hipócrita esperanza de protegerlos del miedo a lo desconocido —especificó Joan con gran excitación.

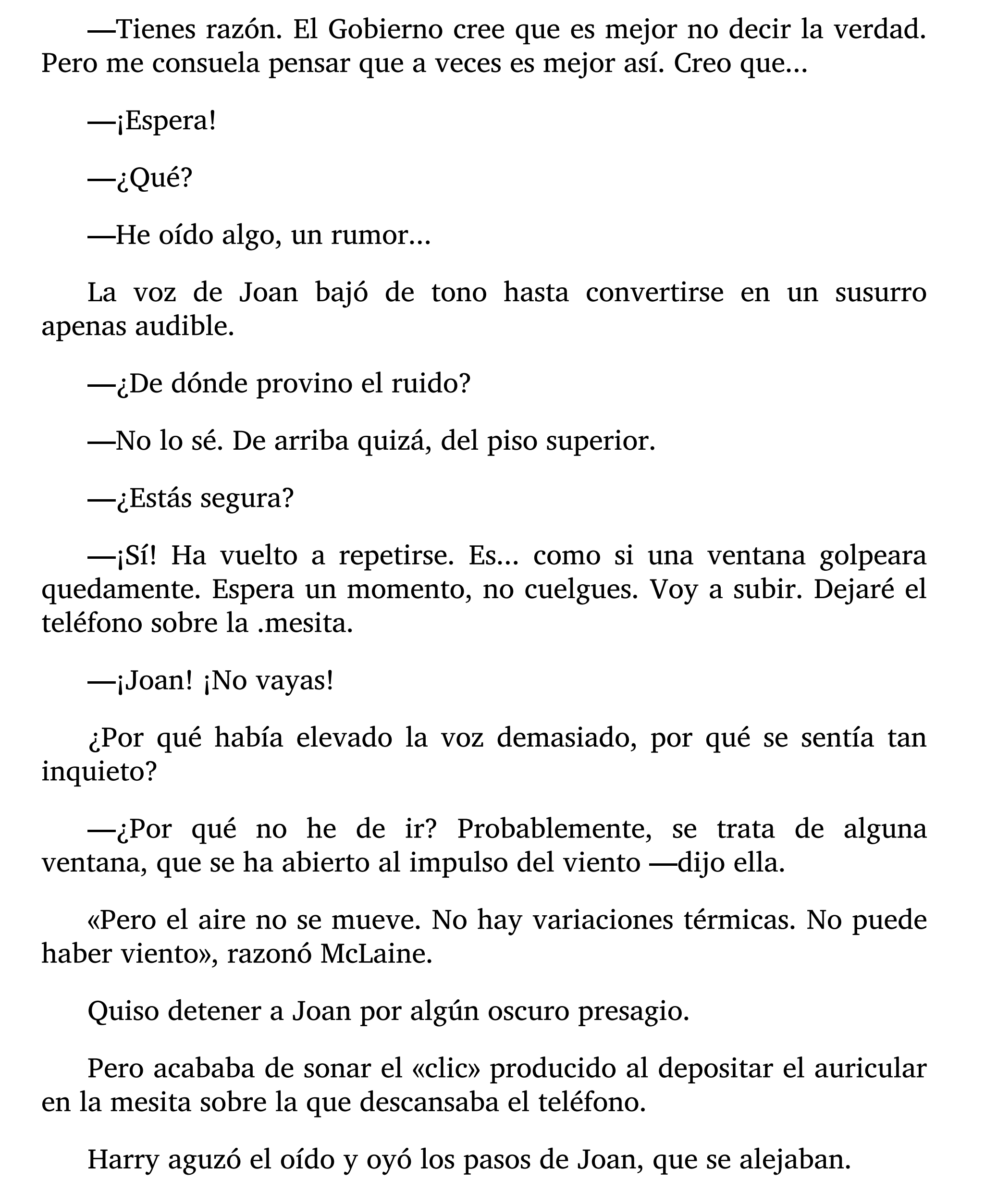
McLaine tragó saliva.

Porque en principio, él era el principal responsable de la censura y de la falta de información.

—No se trata sólo de eso, Joan —se justificó, sin embargo—. Realmente, el Gobierno no sabe aún qué ha producido este eclipse de sol que se está prolongando excesivamente. Te prometo que en cuanto sepa exactamente a qué atenerme te explicaré cuanto sepa. Sabes que soy sincero, Joan.

—Sé que me tendrás al corriente de cuanto se descubra, sí. Pero ¿mantendréis igualmente informado al resto de los habitantes de este país? —quiso saber ella.

Harry acusó el golpe.



—Tienes razón. El Gobierno cree que es mejor no decir la verdad. Pero me consuela pensar que a veces es mejor así. Creo que…

—¡Espera!

—¿Qué?

—He oído algo, un rumor…

La voz de Joan bajó de tono hasta convertirse en un susurro apenas audible.

—¿De dónde provino el ruido?

—No lo sé. De arriba quizá, del piso superior.

—¿Estás segura?

—¡Sí! Ha vuelto a repetirse. Es… como si una ventana golpeara quedamente. Espera un momento, no cuelgues. Voy a subir. Dejaré el teléfono sobre la .mesita.

—¡Joan! ¡No vayas!

¿Por qué había elevado la voz demasiado, por qué se sentía tan inquieto?

—¿Por qué no he de ir? Probablemente, se trata de alguna ventana, que se ha abierto al impulso del viento —dijo ella.

«Pero el aire no se mueve. No hay variaciones térmicas. No puede haber viento», razonó McLaine.

Quiso detener a Joan por algún oscuro presagio.

Pero acababa de sonar el «clic» producido al depositar el auricular en la mesita sobre la que descansaba el teléfono.

Harry aguzó el oído y oyó los pasos de Joan, que se alejaban.

En algún lugar lejano resonó un grito.

O más bien: un alarido penetrante. Un chillido histérico propio de mujer.

Harry palideció.

—¡Joan. Joan! —llamó desesperadamente.

No obtuvo respuesta.

Siguió gritando al micrófono su angustia y su desesperación.

Estaba seguro ahora de que era Joan la que había gritado. ¿Qué podía haberle ocurrido para provocar su alucinante alarido…?

La llamó una vez más, tembloroso y aterrado.

—¡Por amor de Dios. Joan! ¡Tienes que decir algo, que explicarme lo que te está ocurriendo!

Apretó el auricular sobre su oído y se tapó el otro con la mano, ansioso por escuchar algún rumor revelador dentro de su casa de Plains Village.

Su faz se animó al oír, finalmente, unos pasos mesurados.

Sin embargo, eran pasos excesivamente pesados para una mujer tan ágil y ligera como Joan McLaine.

¡Alguien se aproximaba a la mesita sobre la que estaba instalado el teléfono, alguien llegaba…!

El corazón latía fuerte y rápido en el pecho de Harry.

—¿Joan? —susurró, esperanzado—. ¿Eres tú?

Una risotada brutal hirió su oído.

Una carcajada grosera, varonil.

—¡Joan…! —gimió Harry, abrumado por la cruda realidad.

—El hotel acaba de cerrar, forastero. Ya no quedan plazas —pronunció aquella voz odiosa y silbante.

Inmediatamente, la comunicación se cortó.

Fuera de sí. McLaine oprimió el interruptor del aparato y comenzó a marcar de nuevo. La excitación que le dominaba fue culpable de que marcara el número mal por dos veces consecutivas.

—Tengo que calmarme —se dijo—. Tengo que conseguir dominarme o no podré ayudar a Joan.

Contuvo la respiración, memorizó el número y fue nombrando los dígitos a la par que los marcaba.

Ahora no se había equivocado, ahora estaba seguro de haber marcado el número correctamente.

Y sin embargo, no se produjo la comunicación.

De repente, comprendió que había perdido el tiempo lamentablemente: no había línea.

«Y esto significa que han arrancado el cable del teléfono», pensó, estremecido de angustia.

CAPITULO VIII

Abrió la puerta que daba al pasillo y lo atravesó rápidamente.

A pesar de su grueso jersey y de los pantalones de paño, Joan sintió frío. Verdaderamente, las habitaciones de la casa, a excepción de la salita de estar, estaban tan frías como las dependencias de una instalación frigorífica.

No tenía miedo entonces, pero tiritaba cuando comenzó a ascender la escalera, después de bajar el interruptor de la luz.

Estaba segura de que el ruido era producido por una ventana que golpeaba contra la pared. Seguramente no estaba bien asegurada con su cierre y el viento la había abierto de par en par.

No advirtió la menor corriente de aire cuando llegó arriba. Atravesó el vestíbulo-estudio donde Harry solía repasar sus notas y organizar su trabajo y comenzó a registrar las habitaciones, una por una.

Se detuvo de pronto.

Acababa de escuchar un rumor a su espalda. Un rumor de pasos, ¡como si alguien viniera siguiéndola!

El terror estalló en su garganta al divisar la alargada sombra que brotaba de la esquina del estudio.

Pero inmediatamente el alarido se estranguló en su garganta y rompió a reír histéricamente.

Su seguidor... no era otro que «Kooran», el musculoso y pesado gran danés de Harry.

El corazón le latía apresuradamente y su respiración se había tornado precipitada y jadeante. Apenas podía respirar de agitación.

Pero «Kooran» se acercó lentamente y rozó su enorme cabezota contra los muslos femeninos.

—¡«Kooran! —musitó, acariciando su cabeza—. ¡Me has dado un susto de muerte!

Una sonrisa nerviosa apareció en su rostro carnoso y expresivo.

¡Asustarse por un perro, su perro...!

Comenzaba a recuperar la respiración, cuando observó que «Kooran» daba muestras de gran desconfianza.

Gruñía sordamente y tenía erizadas las orejas.

—¿Qué te ocurre, «Kooran», qué has...?

Calló porque el perro se había lanzado como una flecha pasillo adelante y saltaba contra la puerta del dormitorio de los invitados..

Adiestrado por Harry para realizar ciertas «habilidades» «Kooran» se alzó y apretó la manivela del picaporte.

Un momento después se precipitaba al interior de la alcoba.

En la oscuridad de la estancia se produjo un gruñido feroz. Luego simultáneamente Joan escuchó un estertor agónico.

Pasmada de sorpresa y de pavor, Joan permanecía rígida como una estatua a cinco metros de distancia, cuando apareció aquel individuo barbudo que empuñaba un machete perfectamente afilado. La hoja estaba manchada de sangre.

Joan no gritó en esta ocasión.

De su garganta apenas brotó un gorgoteo de espanto. E inmediatamente, retrocedió y huyó.

No llegó a alcanzar la escalera.

Aquel individuo barbudo que vestía una gruesa cazadora de cuero, se cubría la cabeza con un gorro de lana y usaba pantalones de pana, empujó vigorosamente un sillón y la derribó fulminantemente.

Chocó de cabeza contra la pared y percibió en su cerebro el crujido de su cráneo y vio brotar fugitivas y cegadoras lucecitas.

Se escurrió lentamente hacia el suelo, donde quedó inmóvil, de bruces, apoyada lateralmente en el sillón tapizado que la había derribado.

Antes de que cayera al suelo, Joan había perdido el uso de sus sentidos.

* * *

Hasta ella llegó una voz remota.

—Está buena, muy buena. Una mujer verdaderamente hermosa, en sazón —pronunció una voz ronca y destemplada.

Se produjo un silencio.

Luego, Joan comenzó a percibir otros sonidos. El que producía una boca que masticaba algo groseramente, por ejemplo.

El del chisporroteo de los leños que ardían alegremente en la chimenea del salón, también.

Y luego el tintineo de un cristal y el glu-glú que producía alguien al beber.

Recordó bruscamente aquellas escenas terribles: «Kooran» precipitándose al dormitorio de los invitados, el gruñido agónico, la aparición de aquel hombre horrible de rostro barbudo y brutal, el enorme machete empapado de sangre que empuñaba...

Eran varias las personas que se habían instalado en los cómodos sillones del salón, alrededor del fuego.

Eran tres hombretones rudos, fornidos, de apariencia grosera y rostros patibularios.

Parecían fugados de presidio, si no se tenía en cuenta aquel dato: la barba del que, evidentemente, había matado a «Kooran ». En las prisiones, según le parecía recordar a Joan, no se permiten las barbas a los presos.

Lo primero que Joan buscó con la mirada fue el rifle de Harry. El arma solía permanecer colgada en el muro, a la derecha de la chimenea.

Sólo que... ya no estaba allí.

—Es una hembra de una pieza. ¿Por qué no podemos...?

—No hemos venido a eso, Jack —intervino otra voz. Correspondía al hombre que estaba de espaldas a la mujer caída sobre el parquet—. Debíamos haber cargado la furgoneta.

¡La furgoneta...!

—Ahora lo comprendía Joan. La furgoneta «Ford» cubierta de escarcha que había permanecido desde primeras horas de la mañana a unos treinta metros de su casa, estacionada en la acera de enfrente. Aquellos hombres habían permanecido dentro del vehículo durante

horas y horas, hasta asegurarse de que nadie venía a visitar a la señora McLaine.

—Es preciosa, verdaderamente guapa. Y a fin de cuentas, ¿por qué no hemos de aprovecharnos? —insistió el barbudo—. ¿O es que te has convertido en un puritano, Spencer?

—A mí sólo me interesa el botín. Bueno... No voy a negar que me guste una mujer tan fina y bonita como ésa. Pero no quiero exponerme a que nos cacen. Lo mejor es cargar la furgoneta con todo lo que podamos y largarnos. Los de Farmer Bench pueden llegar hasta Plains Village y encontrar la furgoneta. Y entonces, sabrán que no estamos lejos de aquí.

Farmer Bench.

Precisamente ése era el nombre de la penitenciaría construida en los llanos situados al sur, a unos cincuenta y ocho kilómetros de Plains Village.

«Así que tenía razón. Son presidiarios», pensó Joan, estremecida de pánico.

A propósito, Joan simulaba seguir desvanecida. Era preciso engañarles, ganar tiempo, encontrar un modo de defenderse, de gritar pidiendo auxilio, de huir...

El tercer hombre no había dicho nada. Ocupaba un sillón a la izquierda y masticaba apresuradamente los alimentos que había robado en la cocina de la señora McLaine.

Se diría que era el menos rudo de los tres. Tenía un rostro fino y pálido, la mirada huidiza y los labios finos, azulados, secos.

Jack, el barbudo, tenía una botella de whisky en la mano, de la que se atizaba de cuando en cuando largos tragos.

De repente, Jack dejó escapar una risotada.

—¿No vas a hacer ningún comentario acerca de nuestra hembra, Rory? —exclamó con hiriente sarcasmo.

—Métete la lengua en... —gruñó Rory, esquivo—. Ocúpate de tus asuntos.

—¡Claro...! En cierto modo, celebro que no te gusten las mujeres —se burló el barbudo—. A ti no te gustan, a Spencer le traen sin cuidado. De modo que no tendré que compartir a esa guapa moza con

vosotros. Será sólo para mí. ¡Yo me divertiré con ella...!

Joan apenas pudo contener un escalofrío.

Según todas las trazas, Jack no dudaría en violarla. Y esto no sería todo: probablemente la asesinaría después de la violación. Era el «método de seguridad» empleado frecuentemente por los más empedernidos criminales.

No iba a permitirlo. No mientras le quedase un gramo de sangre en las venas.

Sus ojos ansiosos encontraron al fin lo que buscaban.

El rifle.

Lo tenía Spencer. La culata del arma se apoyaba en el parquet, pero el presidiario mantenía sujeto el cañón en el hueco de su brazo izquierdo, mientras con el derecho sostenía medio pollo, que estaba ingiriendo a salvajes y rabiosos bocados.

¡Si lograse llegar hasta el arma...!

Spencer debía haber cargado el rifle, pues del topetón de la chimenea faltaban las dos cajas de cartuchos que Harry tenía en aquel lugar.

Ahora sí, ahora estaba segura de tener los arrestos necesarios para empuñar el rifle y disparar contra aquellos hombres. Aunque, evidentemente, su primer objetivo sería aquel salvaje individuo llamado Jack.

Se movió un poco, sin dejar de vigilar a través de los ojos entornados la expresión del barbudo.

Otro pequeño avance más.

Ahora la culata del rifle quedaba apenas a un metro.

Hinchó el pecho de aire, apoyó los codos contra el suelo y... saltó hacia adelante.

El tacón de la bota de Spencer la golpeó brutalmente en pleno rostro. Joan chilló de dolor y cayó de espaldas con la boca ensangrentada.

—Vamos, vamos, señora. Spencer Beatty no se ha caído de un nido, ¿comprende? —se burló el hombre que acababa de golpearla salvajemente—. Debió mirar al espejo de enfrente. Yo la vigilaba a

través de él, mi querida y loca señora.

Joan apenas podía contener los ayes de dolor. Se tocó la boca y hubo de retirarla vivamente, los dedos profusamente manchados de sangre.

Sí, se había precipitado demasiado. Sí, había sido una estúpida. Ahora el dolor era tan intenso que apenas tenía fuerzas ni voluntad para soportarlo.

Jack se había alzado del suelo y la contemplaba con deseo y ansiedad.

De pronto se inclinó sobre ella, la tomó por los brazos y la incorporó.

—La gatita mimada —gruñó, rabioso—. ¿Para qué querías ese juguetito, preciosa? ¿Para volarnos los sesos quizá, querida?

La aferró rudamente de los rubios cabellos y su mano izquierda palpó, codiciosa, los senos de la mujer.

El contacto debió enloquecerle, porque Jack dio un tirón, intentando desgarrar el jersey de la mujer. Como el tejido era excesivamente resistente y no cedía, el barbudo alzó la prenda e intentó profundizar en el pecho de Joan McLaine.

El cañón del fusil que empuñaba el canoso y chato Spencer hizo cosquillas a Jack en la espalda.

—Ahora no, muchacho —advirtió—. Tenemos que cargar la furgoneta con todo lo que nos sea útil, sobre todo, alimentos, bebidas y gasolina. Ah, tampoco desdeñaré llevarme algo de dinero, si lo encontramos.

El barbudo soltó a la mujer de mala gana.

Joan se tambaleó a punto de caer. Sus labios seguían sangrando y la sangre empapaba su tibio jersey. Apoyada en el respaldo del diván, consiguió mantenerse en equilibrio.

Muy cerca de ella, el invertido Rory contemplaba la escena con absoluta indiferencia.

—Ahora la señora de la casa, va a tener la amabilidad de mostrarnos su hogar. Como ya conocemos la cocina y lo que hay allí, no se moleste en enseñárnosla. Vayamos al dormitorio principal. Ya ha oído lo que necesitamos. Será mejor que colabore con nosotros.

—Hay... hay una lata de gasolina en el garaje —al hablar, de la boca de Joan brotaron coágulos de sangre.

—Muy bien. ¿Qué más? —preguntó Spencer, que no se molestaba en encañonarla con el rifle.

—En el estudio de mi esposo hay unos trescientos dólares en billetes —añadió, mareada y dolorida, pues sus encías y labios comenzaban a inflamarse ya.

—No es mucho dinero. Yo comprobaré si hay más. A propósito. Ha mencionado a su esposo. ¿Por qué no está aquí?

—Tra... trabaja en Longtown, a quince kilómetros de aquí, en el... dispensario. No logro adivinar por qué... por qué no ha llegado ya —respondió Joan, mintiendo a propósito, con la esperanza de que aquella inocente mentira la ayudara de alguna forma.

Spencer cambió una rápida mirada con sus compañeros.

—Vosotros id a la cocina y al garaje y sacad rápidamente la gasolina, los licores y cuantos alimentos podáis cargar —indicó—. Vamos, ¿qué esperáis? ¿Vais a quedaros ahí hasta que llegue papá Noel cargado de regalos?

—¿Y tú? —preguntó Jack, desconfiado.

—No te preocupes. Podrás pasar un rato con la señora, cuando terminemos. Yo iré con ella arriba a por el dinero y las cosas de valor que pueda encontrar. ¿Os movéis?

Rory y Jack se pusieron en pie y abandonaron el salón. Con un gesto perentorio, Spencer indicó a Joan que debía precederle hacia el pasillo y la escalera.

Subió los peldaños tambaleándose e incluso estuvo a punto de caer. Pero Spencer la sostuvo con increíble fuerza utilizando un solo brazo y la ayudó a remontar los escalones que restaban.

Ella quedó apoyada en el muro, jadeante, con una expresión patética en su rostro ensangrentado.

—¿De veras piensa... permitir que... ese salvaje me...?

El hombre dejó escapar una risotada.

—¿Qué quiere que haga? —la miró detenidamente de pies a cabeza y movió la cabeza en un gesto de aprobación—. Reconozco que

mi compañero tiene buen gusto. Y al fin y al cabo, eso no es tan malo. Un ratito de nada y ya está. Jack es un fanfarrón que se sacia en seguida.

La mujer se conturbó. ¿Cómo podía hablarse tan indiferentemente de algo así, de una violación?

Guió al hombre hasta el escritorio donde Harry solía guardar algún dinero para los gastos menudos. Spencer la apartó bruscamente y registró todos los cajones, escogiendo aquí y allá lo que mejor le pareció.

—Vayamos a la alcoba —rezongó el presidiario.

CAPITULO IX

Después de todo, no le importaba demasiado que Spencer hubiera encontrado las joyas.

Los brazaletes, anillos, collares y diademas que el hampón metía apresuradamente en una media no poseían demasiado valor, pues Joan nunca había permitido que su esposo se gastase cantidades considerables de dinero en aquellos adornos superfluos.

Y, de todas formas, no le hubiera importado que aquellos individuos le desmantelaran la casa con tal de que se marcharan cuanto antes y… y la respetaran.

—Lléveselo todo, lléveselo. Coja también ese juego de mechero y cenicero. Es valioso, de cristal de roca —animó al presidiario.

Tras una breve vacilación, éste tomó el encendedor y el cenicero y lo metió todo en la media de Joan que le servía de bolsa.

La mujer estaba tratando de congraciarse con él, de conseguir un poco de simpatía y compasión.

—Se lo ruego, Spencer: no permita que Jack me toque. Usted lo ha dicho: les interesa marchar de aquí cuanto antes. Por otra parte, mi esposo está al llegar. Y se lo advierto: Harry suele llevar siempre un revólver en el guantero de su coche —dijo.

Spencer la miró un momento y siguió registrando los muebles de la alcoba.

Finalmente terminó su registro y pareció satisfecho.

—Sería de desear que su esposo no llegase aún, señora. Y no lo digo por mi seguridad, sino por la de él —advirtió fríamente.

Salió apresuradamente de la alcoba, sin preocuparse de la mujer.

«¡Se marchan! —pensó—. ¡Ojalá!»

Pensaba cerrar la puerta de la alcoba y encerrarse en ella, cuando apareció Jack.

Tenía una sonrisa torcida y sus ojos oscuros destellaban de ardiente lascivia.

—Ahora nos toca a nosotros dos, guapa —murmuró con voz ronca.

Joan retrocedió. Y sus esperanzas se vinieron abajo.

Jack tenía el machete en la mano. Aquel terrible y afilado machete con el que había apuñalado a «Kooran».

Sin soltar el arma, el presidiario se aproximó a ella y la abarcó por la cintura con el brazo libre.

Olfateó profundamente el aroma de los cabellos de Joan y se sintió enfebrecido de deseo.

—Desnúdate —dijo. Y se retiró unos pasos.

Joan se descalzó y comenzó a bajar sus pantalones.

Los ojos del hombre destellaron aún más intensamente al descubrir los redondos muslos de la mujer.

Y luego ella dijo:

—Me parece que debería advertírselo. Me están poniendo inyecciones. Es un tratamiento para...

Se le había ocurrido la idea al ver el envase de antibióticos que Spencer había dejado sobre su mesilla.

Jamás se le hubiera ocurrido poner en práctica un truco tan sucio, deleznable y grosero. Pero ahora, para evitar que aquel hombre la violase, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa.

El hombre se atragantó.

—¿Qué quieres decir?

La mirada de Joan se posó sobre el envase de antibióticos.

—Tuve... un pequeño desliz. Fue hace poco, en la piscina. El entrenador es un muchacho joven, muy atractivo. Me invitó a dar una vuelta en su coche y... Bien, ya puede imaginárselo. Sólo que... no podía imaginar que el muy cerdo tuviese sífilis. Y me pegó la enfermedad. He tenido que disimular ante mi esposo. Naturalmente, no le permito que se acueste conmigo hasta... hasta que me haya curado.

Jack la miró de forma diferente. El deseo había cedido. Ahora, en su mirada sólo había desconfianza y una pizca de repugnancia.

El presidiario dio un paso a la izquierda y tomó en sus manos el envase que había en la mesilla. Desorientado, le dio vueltas y más vueltas entre sus dedos. Y finalmente, preguntó:

—¿Qué es esto?

—¿No lo ve? —replicó ella—. Se llama «Flocyllin» y es un tratamiento fuerte para combatir la sífilis. Me han puesto tres de esas inyecciones, pero todavía deberán aplicarme otras tantas antes de que...

Los labios de Jack se plegaron en un rictus de intensa repugnancia, de profunda decepción.

Avanzó hacia la mujer, la tomó por el rostro y la derribó salvajemente sobre el lecho.

—¡Guarra.! —exclamó, rabioso.

Y escapó de la habitación.

Inmediatamente Joan se incorporó, corrió hacia la puerta y la cerró interiormente con el cerrojito niquelado.

Escuchó los pasos apresurados del presidiario, que descendía a toda prisa la escalera.

Luego, de la calle llegó un grito vibrante.

—¡Alto, deténganse!

El rumor de una veloz carrera. Y luego... Joan escuchó los restallidos de varios disparos.

—¡Dios mío! —gimió, espeluznada.

Al cabo, se atrevió a descorrer las cortinas, elevar un poco la persiana y mirar a la calle.

Lo primero que vio fueron los tres cuerpos humanos derribados en el centro de la calzada.

El hielo que cubría el pavimento estaba manchado de sangre.

Dos hombres bajaron del coche policial. Al reconocer al sheriff, Rod Cadwell, y su ayudante, Chad Chaves, Joan McLaine dejó escapar un suspiro y se puso a llorar.

Cadwell la encontró unos minutos después, llorando amargamente

y de bruces sobre el lecho.

Al ver el rostro de la mujer manchado de sangre, Rod Cadwell se alarmó. Profundamente impresionado, dijo:

—Venga conmigo, señora McLaine. Yo me ocuparé de que la curen.

Joan, estremecida aún por los sollozos que liberaban su tensión, se dejó llevar.

* * *

Amaneció un nuevo día sin sol.

El zumbador de su reloj despertó a Harry McLaine, que se alzó del lecho pesada y torpemente.

Sólo había dormido dos horas.

La mayor parte de la noche la había ocupado en llamar repetidas veces a Plains Village para interesarse por el estado de su esposa, después de ocurrir la tragedia que había puesto en peligro la vida de Joan.

Pero además había tenido que resolver las continuas consultas del Presidente, cuyos nervios parecían a punto de hacer crisis.

Al apartar la ropa de la cama, Harry se estremeció de frío y de angustia.

Durante un momento, se contempló en el espejo del armario.

«Tengo un aspecto desastroso», pensó, al ver sus cabellos despeinados, su rostro pálido y ojeroso y su bien cortado traje completamente arrugado, pues se había acostado vestido, por si en un momento dado tenía que levantarse con urgencia.

Pero qué importaba su aspecto. Lo peor de todo consistía en acercarse a la ventana, alzar la cortina de cremallera y comprobar que el firmamento continuaba negro como el terciopelo, frío, hosco, hostil, sin rastro de vida.

Consultó su reloj. Eran las siete y cuarto de la mañana.

«Demasiado temprano —pensó—. Y a pesar de todo, quizá, demasiado tarde.»

Fue al lavabo, se lavó el rostro con un poco de agua helada (dentro

de poco el agua no correría ya por las tuberías), se peinó torpemente y decidió cambiar su arrugado traje por un jersey y un chaquetón de piel abrigado.

Al fin y al cabo, la etiqueta había sido olvidada ya en las dependencias presidenciales. El mismo Presidente había optado por cambiar sus pulcros trajes grises por un chaquetón de grueso punto, tejido en lana, y unos abrigados pantalones de pana.

Bostezando, McLaine se dirigió al *office* de servicio, donde una adormilada muchacha le ofreció una taza de café tibio.

Todos se mostraban abatidos, indiferentes, entregados al fatalismo de las situaciones irreversibles.

Bebió el café de un trago y se marchó al antedespacho del Presidente. En el pasillo, un aburrido agente de seguridad apenas contestó a su saludo con un monosílabo ininteligible.

Harry sacó su agenda de trabajo donde había anotado esquemáticamente las novedades ocurridas en la madrugada anterior.

El Presidente había hablado ante la asamblea de las Naciones Unidas. Su intervención podía catalogarse de brillante y exitosa.

Los delegados le habían escuchado con religiosa atención y se había aprobado una moción para postergar todos los asuntos pendientes. Al fin, la consciencia de las naciones comenzaba a despertar: era preciso aunar todas las fuerzas para evitar el desastre.

En primer lugar se propuso una asamblea magna integrada por científicos de todas las nacionalidades. Dicha asamblea estudiaría el problema en intensidad. Astrónomos, meteorólogos, psicólogos y científicos de todas las especialidades aportarían sus conocimientos para obtener un resumen de las posibilidades.

Pero ahí comenzaron las divergencias. El delegado de Estados Unidos propuso que todos los científicos se reunieran en Nueva York, pero el representante de la URSS insistió en que un rasgo de buena voluntad por parte del bloque occidental consistiría en celebrar dicha reunión en Moscú.

Finalmente se había llegado a un acuerdo intermedio. Los sabios se comunicarían con sus colegas de todo el mundo a través de las cadenas de televisión, que por primera vez en la historia se unirían para formar un enlace universal.

Aquel inaudito simposio-estudio comenzaría a las ocho de la

mañana.

Pero mucho antes de esa hora, en las dependencias presidenciales se habían ido recibiendo despachos urgentes de todas partes del mundo.

Los fenómenos de toda índole que estaban ocurriendo desbordaban la imaginación más fértil. Uno de los más preocupantes era la escalada del robo organizado.

Fuertes bandas formadas por marginados estaban aprovechándose del caos para cometer atracos y robos increíbles.

Sólo en Nueva York, la policía había tenido que enfrentarse a cincuenta y dos bandas organizadas. Cada grupo criminal estaba compuesto por un mínimo de cincuenta hombres y un máximo de cien. Recurrían, para cometer sus delitos. a toda clase de argucias, desde la de fingirse policías, médicos o bomberos, hasta disfrazarse con uniformes militares.

La policía había obrado sin contemplaciones. En las desiertas calles de Nueva York, las metralletas habían tableteado durante toda la madrugada y la sangre tibia de policías y delincuentes había fundido en algunas ocasiones el pavimento helado.

Noticias que hablaban de numerosas bandas criminales organizadas llegaban de todas las partes del mundo, desde Manila a Montreal, desde Hawai a Polonia. Evidentemente, los marginados aprovechaban la ocasión en su propio beneficio, pues la cuantía de lo robado se elevaba ya a miles de millones de dólares.

Pero no sólo se trataba del aumento espectacular de los hechos delictivos y del fenómeno de la formación de bandas, cada vez más numerosas y mejor armadas.

Se habían producido otros hechos inquietantes. Por ejemplo, en Seattle, capital del Estado de Washington, doscientos cincuenta enfermos mentales se habían arrojado al vacío desde la sexta planta del Hospital General Psiquiátrico.

En un movimiento de irrefrenable locura colectiva, los enfermos mentales habían destrozado los cristales de seguridad y se habían arrojado en masa al vacío, pereciendo inmediatamente, como es de su poner.

Los suicidios habían aumentado en un mil por cien y los patólogos registraban millares de casos de una nueva enfermedad psiquiátrica: la

nictafobia (1[1]).

Por otra parte, poblaciones enteras abandonaban desbordantemente las ciudades y caían como depredadores sobre las vecinas para aprovisionarse violentamente de víveres y alimentos. En varios países del tercer mundo, multitudes de hasta cien mil personas habían asaltado los centros oficiales, los silos, los almacenes de productos alimentarios, las granjas… produciendo miles y miles de muertos y heridos.»

En otros puntos del planeta, se registraban fenómenos de delirante fanatismo religioso. En Turquía, por ejemplo, cientos de miles de personas se habían reunido en el valle de Yussuf-EI-Arima y, tras instalar enormes focos de arco voltaico. oraban fervorosamente dirigidos por un fanático santón. Bajo el frío intensísimo —ocho grados bajo cero—, miles de personas habían muerto congeladas ante la indiferencia de los demás.

Los personajes más pudientes, organizaban de forma ilegal vuelos *charters* a Tierra Santa, donde llegaban oleadas de aviones que descargaban a miles y miles de personas, empeñadas locamente en que había llegado el fin del mundo y era preciso hacer penitencia y disponerse a bien morir.

Las autoridades de los diferentes países se veían impotentes, en la mayoría de los casos, para controlar estos movimientos de masas enloquecidas. La capacidad de la policía se veía desbordada con inquietante frecuencia, por lo que algunas naciones habían decretado el estado de sitio permanente. Los tanques del ejército patrullaban calles y carreteras, a pesar de lo cual seguían registrándose numerosos atracos y otros hechos delictivos particularmente violentos.

El primer despacho meteorológico que llegó a manos de Harry McLaine aquella mañana coincidía absolutamente con las predicciones del profesor Hansley.

Los mares estaban helándose a velocidad vertiginosa. En el hemisferio Norte, el océano Atlántico se había congelado superficialmente desde el Ártico hasta el paralelo 18.

Miles de barcos, entre ellos petroleros y navíos de las armadas de todo el mundo, habían sido atrapados por el hielo.

A las ocho de la mañana del día 13 de agosto, la navegación a través del Atlántico sólo era posible a lo largo de una franja comprendida entre los paralelos 18 Norte y 22 Sur. Es decir, siguiendo exactamente la línea del Ecuador.

CAPITULO X

Los nervios se desataban a menudo entre las personas que componían el Cuartel General del Presidente de los Estados Unidos.

Senadores, secretarios y generales del Pentágono deambulaban como fieras errantes a lo largo de los pasillos.

A veces se reunían en pequeños grupos que hablaban en voz baja. Harry había sorprendido en éstos actitudes esquivas y miradas recelosas.

Aquellas personalidades componían el ala más reaccionaría del espectro social norteamericano.

McLaine había oído el susurro conspirador del general Fowler.

—Esto lo arreglaba rápidamente yo con...

«Son verdaderamente estúpidos», pensaba McLaine. «Están pensando en la guerra nuclear, pero el problema es muy diferente».

Un ordenanza le tocó discretamente en la espalda y McLaine se volvió de un respingo.

— El Presidente quiere hablarle, señor McLaine —le anunció.

Un momento después se entrevistaba con Carman.

Le asustó comprobar el tremendo desgaste del Presidente.

Carman había adelgazado ocho kilos en veinticuatro horas. Su aspecto jovial, deportivo, que tanto había influido en las urnas, había desaparecido. Ahora, el Presidente parecía un hombre prematuramente envejecido, arruinado por el peso de las responsabilidades que caían sobre él.

—Buenos días, Harry. ¿Descansó bien?

—¿Para qué mentirle, señor? No, no he descansado bien. Pero estoy dispuesto a continuar a su lado.

Las facciones de Carman se animaron.

—¡Bravo! —exclamó con fingido entusiasmo—. Siempre conté con su lealtad y con su resistencia a la fatiga, Harry. Pero hablemos de otra cosa. He estado echando una ojeada a su resumen antes de

hacerle venir.

—¿Qué le parecen mis propuestas?

—Horribles, pero absolutamente necesarias. He hablado con el Secretario de Justicia. Y también con el de Interior. La absoluta prohibición de circular por las calles entrará en vigor dentro de una hora en todo el territorio de Estados Unidos. Esperemos que esto sirva de aviso a los malhechores.

Ordenó los documentos que tenía sobre la mesa y alzó la mirada hacia su asesor.

—¿Alguna otra sugerencia, Harry? —preguntó, animoso.

—Sí. La necesidad de intensificar las centrales térmicas y nucleares. Helados ya los ríos, los lagos y los mares, la producción de energía eléctrica decrecerá inmediatamente, pues las turbinas de las centrales transformadoras no pueden funcionar con… con hielo —Harry sonrió al considerar su sarcasmo.

Pero Carman estaba tomando nota apresuradamente en su agenda.

—Su cerebro sigue funcionando lúcidamente, Harry. ¿Se le ocurre alguna otra medida de importancia nacional? —preguntó, al cabo.

McLaine asintió, vacilante.

—He dudado mucho antes de hablarle de ello, señor. Sé que mi propuesta obtendrá inmediatamente la repulsa de un amplio sector, precisamente el más privilegiado…

—¿A qué se refiere?

—A la necesidad de decretar el racionamiento de recursos energéticos y alimentarios —declaró McLaine.

Carman se inmutó. Sus facciones pálidas se colorearon.

—¡Imposible! —clamó—. Una medida así daría a los ciudadanos la sensación de que nos encontramos enfrentados a una situación catastrófica.

Harry se puso en pie, airado.

—¿Y no es así? —exclamó, violento—. ¿Por qué se cree que esas masas furiosas de incontrolados asaltan almacenes e provisiones y se exponen a morir ametrallados por la policía o las fuerzas del Ejército? Sencillamente, temen morir de hambre.

Las gotitas de sudor aparecieron inmediatamente en la frente despejada de Carman.

—Y aún no han terminado las sorpresas, señor —especificó McLaine, consiguiendo serenar su voz—. Pronto, los miles de presos de nuestras penitenciarías se alzarán contra sus guardianes y nadie podrá detenerlos. Lo más probable es que la sangre corra a torrentes por los pasillos de las cárceles…

—¿No está exagerando, Harry? —protestó el Presidente, irritado —. Pone los tintes más sombríos en describir situaciones que todavía no se han producido.

McLaine se sentó de nuevo. Respiró profundamente, apoyó los dedos de ambas manos sobre su frente bronceada y pronunció:

—Usted lo ha dicho: situaciones que aún no se han producido, pero se producirán. Y créame, señor, estoy seguro de lo que digo. Yo soy un psicólogo y conozco el alma humana y sus reacciones. Precisamente el éxito personal que he conseguido desde que usted me nombró su asesor privado, se debe a mi capacidad para la previsión. Las reacciones humanas ante situaciones dadas suponen una constante. Los presos se amotinarán, ¿sabe por qué? Porque están encerrados. Saben que están a merced de sus vigilantes, de la capacidad de éstos, y del Gobierno, para atender a sus necesidades físicas. Yo sé que cuando escaseen los alimentos, los primeros en sufrir esta carencia serán los presos. Y lo importante es que ellos lo saben también.

A pesar de su irritación, Carman escuchaba a McLaine con profunda atención.

—El racionamiento de recursos daría seguridad y confianza a los marginados. Los infundiría la seguridad de que los alimentos y productos energéticos serían distribuidos justa y equitativamente. Y se evitarían muchas violencias que, lamento hablar así, no sé si tendremos oportunidad de lamentar —terminó Harry.

A pesar de todo, Carman vacilaba.

Pero se preguntó a sí mismo: «¿No será mi espíritu de clase lo que obliga a dudar? Yo formo parte de ese sector privilegiado al que ha aludido Harry. Posiblemente, al vacilar en ordenar el racionamiento, no hago otra cosa que defender los privilegios de la clase más acomodada del país.»

Este soliloquio interior fue suficiente para decidirle.

—He tomado una resolución, Harry —anunció—. Decretaré el racionamiento.

Y anotó algo rápidamente en su agenda.

En los ojos pardos de Harry McLaine destellaron chispitas de satisfacción.

—Nunca dudé que lo haría, señor. Sé que es un hombre justo —dijo.

Carman se alzó de su asiento.

—Un hombre justo… que habrá perdido para el futuro los votos de unos cuantos millones de norteamericanos —comentó.

Despidió a McLaine amablemente y abandonó su despacho en dirección a la sala de asambleas donde pencaba reunirse con los integrantes de su Gobierno.

Cuando caminaba a lo largo del pasillo espejeante, se le ocurrió aquella idea.

—A fin de cuentas… ¿quién podría asegurar que, alguna vez, habrá un nuevo Presidente de los Estados Unidos de América?

* * *

—No, no hables, por favor. Te lo ruego, Joan. Cadwell me lo explicó todo.

—Harry, todavía puedo…

—No te esfuerces. Seré yo quien hable, cariño mío. Sé todo lo que ocurrió… ¡Dios mío, el hombre previsor por excelencia, Harry McLaine, el asesor del Presidente, el que sabe lo que ha de sobrevenir, ése precisamente fue incapaz ele prever que su esposa estaría a punto de ser violada y asesinada —pronunció con íntimo pesar.

—Tú no eres culpable…

—¡Sí, lo soy! Me he concentrado tan intensamente en ayudar a Carman, que he llegado a olvidarme de la seguridad de mi propia esposa. Rod me habló extensamente, Joan. Dijo que habían matado a tres indeseables, fugados de la penitenciaría de Farmer Bench. Que pasaste verdaderos momentos de horror, que…

—Estoy bien, Harry. Eso es lo que importa.

—¡Estás bien! ¿Crees que no sé que uno de esos malhechores te arrancó tres dientes de una patada y te destrozó los labios?

—Pero, Harry, ya estoy mejor.

—Sí, pero corriste el peligro de ser ultrajada y asesinada. ¡Nunca me lo perdonaré!

—Harry, terminarás disgustándome: Escucha, amor mío, nadie puede abarcarlo todo en este mundo. Tú estás dedicado a una tarea trascendental. Yo, ahora, me encuentro perfectamente. Estoy en la vivienda que habitan Rod y Edna Cadwell. También se encuentran aquí los Clapman. Y muchas personas más que han atendido la invitación del sheriff. La casa es espaciosa y suficientemente segura. Reunidos todos, la seguridad aumentará. ¿No te satisface esto?

Harry tragó saliva. Por fortuna, Joan no podía ver sus lágrimas.

—Sí, desde luego que sí. Ahora me siento más tranquilo. No importa que nos hayan robado, que…

—No te preocupes. Cadwell y uno de sus policías recuperaron lo más importante. Ahora sólo me preocupas tú. ¡Te noto tan fatigado y decepcionado!.

—Es sólo un momento de flaqueza. Tomaré una taza de café y volverán mis energías —comentó Harry.

—Cuídate bien. No sufras por mí. La hinchazón de los labios comienza a ceder. Y perder tres dientes no supone ninguna tragedia. ¿Te gustaré menos por eso? Ya sé que no. De todas formas, el odontólogo arreglará eso cuando… —Joan se interrumpió bruscamente.

Al cabo, Harry oyó su voz de nuevo.

—¿Cuándo, Harry?

Había una ansiedad tremenda en la pregunta. Y una pizca de esperanza.

—Aún no lo sabemos. Pero los científicos de todo el mundo se afanan en solucionar el problema del eclipse.

—Así que no se sabe nada en concreto. Ni siquiera sabemos si volverá a amanecer —susurró la mujer con voz queda y desilusionada.

—¿Por qué dudas? Claro que sí. Ya te lo prometí. Volveremos a las

montañas Gibson, construiremos una cabaña, cazaremos un par de muflones y…

Calló bruscamente.

¿Era sensato dar esperanzas a Joan?

Realmente, Harry McLaine ignoraba si algún día volverían a ver la luz del sol.

CAPITULO XI

A las once de la mañana del día 13 de agosto, el Presidente de los Estados Unidos de América convocó urgentemente en su despacho a Harry McLaine.

—El Simposio de Científicos acaba de enviarme un resumen de sus conclusiones. Me gustaría que usted lo estudiase, Harry —pidió el Presidente.

Contra lo usual, no se trataba de un documento muy largo. Constaba apenas de unos pocos folios.

—El resumen había sido redactado por el profesor Hansley y traducido simultáneamente a quince idiomas.

Decía así:

Según nuestros cálculos, el eclipse total y permanente de sol se ha producido al interponerse entre el astro y la Tierra una especie de «sombrilla negra» que se encuentra a una distancia de 6.700.000 kilómetros de nuestro planeta, según las sondas-láser llegadas hasta el obstáculo, cuyos resultados han sido analizados meticulosamente antes de redactar este informe -resumen.

«La sombrilla negra» tiene forma de disco. Su diámetro es tres veces superior al de la Luna y su espesor de un tercio de ésta.

Los análisis espectrográficos y láser no nos han permitido averiguar la naturaleza de la «sombrilla negra», si bien deducimos que su consistencia no debe ser sólida, sino gaseosa.

De cualquier modo, su espesor y consistencia son suficientes para impedir el paso de los rayos solares.

La sombra cónica que proyecta este disco negro es suficiente para tapar la Tierra y un amplio espacio a su alrededor.

Nuestras observaciones nos permiten asegurar que la «sombrilla negra» signe exactamente el desplazamiento y órbita del Sol, de modo que tapa constantemente a la Tierra.

No podemos añadir nada más a este informe, si bien seguiremos observando el fenómeno y extrayendo consecuencias. Posteriores informes

serán enviados a todos los gobiernos del mundo.

El documento estaba firmado por más de cien científicos de todos los países.

Harry leyó una vez más el informe-resumen.

Cuando aquellos datos quedaron grabados en su memoria. McLaine devolvió el documento al Presidente.

—No hemos avanzado demasiado —dijo—. Pero ahora, al menos, sabemos a qué atenernos.

—¡Una «sombrilla negra» —exclamó Carman, estupefacto—. Debe tratarse de un fenómeno desconocido, pero quizá tan natural como el paso de un cometa por el firmamento. Ojalá se trate de un meteoro tan pasajero como los cometas.

—Ojalá —repitió McLaine, sombrío.

—¡Vamos, anímese! Al menos hemos conseguido lo que usted pretendía: poner a todos de acuerdo en que lo importante es resolver este tremendo problema. Y, Harry, nuevamente ha acertado usted: a las pocas horas de ser decretado el racionamiento, el índice de robos ha decrecido notablemente. Gracias.

McLaine inclinó la cabeza levemente.

— Por desgracia —siguió el Presidente—. no podemos sentirnos tan satisfechos en otros aspectos. La temperatura sigue descendiendo sin cesar y ello ha provocado numerosas catástrofes. La humedad contenida en el aire y en las nubes pasa del estado gaseoso al sólido y la escarcha se precipita continuamente sobre la Tierra, a veces formando verdaderos témpanos de hielo. En Oregon, numerosas ciudades han quedado semidestruidas bajo terribles avalanchas de nieve y otras localidades han quedado sin comunicaciones y aisladas por carretera. Por supuesto, las máquinas de obras públicas intentan resolver esta situación y se ha puesto en marcha un servicio de socorro urgente. De todas formas, la situación es gravísima, si tenemos en cuenta que los envíos de ropas, alimentos y medicinas han de hacerse mediante vehículos a orugas y a campo traviesa. Y todo ello, recordémoslo Harry, sin la luz del sol.

McLaine asintió.

Entendía perfectamente lo angustioso de la situación, pues uno de

los pueblos que había resultado aislado por el hielo era precisamente Plains Village, donde se encontraba su esposa.

La última vez que habla intentado la comunicación con Plains Village se había llevado la desagradable sorpresa de no poder hablar con su esposa.

Angustiado, había insistido una y otra vez hasta convencerse de que no había línea. En los servicios permanentes de información de la Secretaría de Telecomunicaciones y Transportes, le habían dado la inquietante noticia.

— Plains Village ha quedado aislada por el hielo. La aglomeración de témpanos en las laderas de las Gibson ha provocado aludes de miles de toneladas de roca y hielo. Las carreteras han desaparecido y los servicios de teléfonos y telégrafos han dejado de funcionar. Una brigada de trabajadores intenta poner en funcionamiento las comunicaciones, pero no tenemos seguridad de que lo consigan: el frío intenso apenas permite trabajara hombres y máquinas.

* * *

Le habían despertado unos gritos y el rumor de carreras precipitadas.

Harry se rebulló, indolente, en su cama.

¿Verdaderamente valía la pena abandonar el tibio lecho y enfrentarse a la cotidiana angustia de un tercer día sin sol...?

Al fin, se alzó con un esfuerzo.

«El Presidente me necesita —pensó—. Y estimo que no sólo necesita mis consejos, sino también mi compañía como ser humano.»

Medio vestido como se había acostado, se limitó a ponerse su chaquetón y alisarse los cabellos ante el espejo del lavabo.

Asomó la cabeza al frío pasillo. Advirtió que ayudantes, secretarios y algunos hombres del servicio de seguridad charlaban muy excitados en la confluencia de dos pasillos. Más allá se había producido un considerable revuelo: algunas personas corrían de una dependencia a otra y todos gritaban y se lamentaban.

Preocupado, McLaine salió al pasillo, bostezando y tiritando de frío, de sueño y de fatiga.

—¿Qué ha ocurrido, a qué viene todo ese alboroto? —preguntó a

las personas que formaban un grupo gesticulante y bullente, en donde era imposible entender una palabra, tan vivas y excitadas eran las exclamaciones.

Un policía de seguridad se volvió, reconoció a Harry y dijo:

—¡Han intentado asesinar al Presidente! Al parecer se trata de una conspiración criminal urdida por una de esas bandas organizadas de forajidos.

Harry no esperó a oír más.

A toda velocidad se dirigió a la *suite* presidencial.

Cuatro agentes armados de metralleta montaban guardia ante la ancha puerta de las habitaciones privadas presidenciales.

—¡Déjenme pasar, déjenme pasar! —gritó McLaine, al advertir que los vigilantes le cerraban el paso.

—Déjenle —ordenó el jefe del grupo.

Harry se precipitó a la puerta, íntimamente agitado v temeroso.

«Lo que faltaba», pensó, «que nos quedásemos sin Presidente en estas circunstancias.»

El mayordomo de Carman le salió al encuentro. El estirado Howard permanecía tan rígido, estirado e inconmovible como siempre.

—El señor Presidente duerme aún, señor McLaine. Mi consejo es que le permita seguir descansando un rato más —pronunció con su engolado acento de Eton.

Harry perdió la facultad de hablar durante unos segundos.

—¡Pero, cómo…! —exclamó al fin—. Se ha producido una alarma, el personal de servicio se mueve desorientadamente a través de las dependencias, los de seguridad aseguran que un grupo criminal ha intentado asesinar al Presidente… ¡Y usted dice que éste duerme tranquilamente en su alcoba!

Howard se inmutó.

—¿Un atentado? ¡Por San Patricio, no tengo ni puñetera idea! —exclamó, olvidando por un momento su refinado vocabulario—. Pero ¡venga, venga! Vamos a comprobar si…

Penetraron veloces en la alcoba del Presidente. Carman dormía apaciblemente en su lecho.

—¿Lo ve? *Yo* tenía razón —afirmó el mayordomo, tan tieso como antes.

Harry no supo qué decir.

¿Qué maldita confusión era aquélla?

Al fin reaccionó.

—No se mueva del lado del Presidente, Howard. Voy a informarme.

Abandonó la suite y se trasladó a la carrera a la planta tercera, donde se encontraba instalada la jefatura de los servicios de seguridad.

El coronel Jackson, completamente nervioso, ingería en aquel momento una taza de tila.

—Coronel, ¿puede explicarme inteligiblemente lo que ha ocurrido? —exigió McLaine—, Sus hombres aseguran que han descubierto una conspiración contra el Presidente...

—Y así... así es —farfulló Jackson, tembloroso—. Sólo que ese maldito fanático ha conseguido... conseguido es... escapar. ¡Nadie se lo explica!

—Procure explicarse usted, por favor. Empiece por el principio.

Muy agitado aún, Jackson explicó a McLaine que sus hombres habían detenido a un individuo sospechoso cerca de la *suite* presidencial, apenas un cuarto de hora antes.

—Era un hindú, uno de esos estrambóticos santones, o *gurus*, o como diablos les llamen. Mis hombres cayeron sobre él y le arrestaron. Le trajeron inmediatamente aquí y le interrogamos.

Cuando Jackson preguntó al hindú cómo había conseguido llegar hasta la planta catorce a pesar de las fuertes medidas de seguridad, el *gurú* respondió calmosamente:

—Mis amigos, los Randrah-viraya, me elevaron hasta aquí y me ayudaron a penetrar a través de una ventana.

Era cierto que una de las ventanas dotadas de cristales de seguridad había sido destruida. El suelo estaba regado de los

fragmentos del cristal irrompible.

—Naturalmente, no creímos una sola palabra. ¡Los Randrah-viraya...! ¿Quiénes eran esos? El *gurú* dijo: *«Vienen de allá, de las profundidades del Cosmos»*. ¡Y se quedó tan tranquilo!

El jefe de seguridad y sus oficiales habían comprendido que aquel hombre era un fanático, un visionario, un loco.

—Ordené que le pusieran las esposas y le custodiasen con fuerte vigilancia hasta que fuera entregado a la policía — relató Jackson—. Apenas había salido de aquí, escuché los gritos y las carreras de los agentes de seguridad...

El *gurú* había escapado.

¿Cómo...?

Nadie lo sabía.

Sencillamente, había desaparecido de repente.

—Ahora, mis hombres están buscándole. Tendrán que registrar todas las habitaciones de este edificio de veintidós plantas. ¡Pero no me importa despertar a todo el mundo con tal de encontrar a ese tipo!

Jackson bebió un sorbo de tila, derramó la mitad sobre la mesa y murmuró:

—¡Dios mío. Dios mío, no quiero ni pensarlo! ¡Imaginar que ese tipo pudo llegar a la alcoba del Presidente y asesinarle! Eso hubiera significado el final de mi carrera...

Jackson parecía más preocupado por su porvenir que por la persona del Presidente, según se deducía de sus palabras.

Harry dejó escapar un suspiro de alivio.

Al fin, no había ocurrido ninguna tragedia. Lo de la conspiración criminal parecía más el producto de una pesadilla que de un hecho cierto.

Estaba, sí, ¡a inexplicable aparición del hindú y sus increíbles y locas declaraciones. Pero todo esto debía tener una explicación razonable, Y la mejor noticia era la de saber que el Presidente Carman había resultado indemne de la absurda escaramuza.

Se dejó caer sobre una silla y pidió a Jackson:

—¿Quiere darme un poco de esa tila, coronel?

Jackson asintió. Tomó una taza, elevó la tetera de porcelana y… dejó caer el chorro hirviendo sobre la mesa al escuchar aquellas frases que sonaban con exótico acento:

—No me he escapado. Estoy aquí. Si desaparecí fue porque me molesta que me coloquen en las muñecas esos brazaletes de acero.

Harry se volvió de un respingo en su asiento y lo vio.

En la puerta, sonriendo pacíficamente, estaba un delgado individuo de rostro cetrino y expresión venerable. Vestía un holgado y blanquísimo sari que le llegaba hasta los pies.

Era el *gurú*.

CAPITULO XII

Harry McLaine estaba que echaba chispas.

—Señor Presidente, le aseguro que ese pobre diablo es absolutamente inofensivo —exclamó airado.

—Pero el coronel Jackson asegura que ese hombre intentó asesinarme —protestó el Presidente, cauteloso.

—¿Cómo? No pudieron encontrarle ningún arma y no se ha podido demostrar que sus intenciones fueran violentas...

No podía olvidar la escena vivida en jefatura de seguridad. Jackson y seis de sus hombres habían caído sobre el *gurú,* le habían aplastado con su peso y le habían proporcionado una soberana paliza ante los ojos asombrados de McLaine. Después de lo cual, le habían atado como una morcilla con seis pares de esposas, con las manos y los pies sujetos a la espalda en dolorosa torsión.

Carman se levantó de su asiento y dio un rápido paseo a lo largo del despacho.

—Harry, me concederá al menos que la aparición de ese hindú es la mar de sospechosa —dijo, deteniéndose de pronto frente a su asesor privado.

Harry parpadeó, confuso.

— Había algo en su actitud que emanaba paz y calma. Parecía como si tuviera que declarar algo de importancia vital... Pero Jackson y sus perros de presa no le dejaron ni suspirar. Y ahora lo han recluido en una habitación pequeña y lo están interrogando. Conozco muy bien los «métodos» del coronel. Por eso me temo que ese infeliz no salga indemne de entre sus manos.

—¿Qué otra cosa puede hacerse con un individuo sospechoso? —respondió el Presidente, un poco irritado.

Harry le miró fijamente.

—Traerlo aquí y escuchar lo que tenga que decir. Estoy seguro de que él quería decirnos algo.

—¿No sería peligroso?

—¿Por qué? Jackson y sus dogos estarán vigilando, ahí fuera. Reflexione, señor Presidente: hay algo misterioso en ese *gurú*… ¿Cómo puede explicarse que desapareciera, que se deshiciera tan fácilmente de las esposas? —arguyó McLaine.

Carman se mostró confuso a este respecto.

—Ya sabe. Harry. Esos orientales son todos medio brujos, además de dominar otras artes como el fakirismo, la prestidigitación, la ventriloquia… ¡Pura magia barata!

—No lo creo —repuso Harry, grave el semblante—. Razone un momento, se lo ruego: se ha comprobado que ese hombre no llegó hasta la planta catorce a través de las escaleras ni el ascensor. Luego, está ese dato indescifrable de una ventana de seguridad hecha añicos, sin que ninguno de los agentes escuchase el menor rumor. Siga mi consejo: llame a Jackson, pídale que interrumpa el «interrogatorio» y que traiga aquí al *gurú*. Y, si tiene confianza en mí, deje este asunto en mis manos.

El Presidente vaciló. ¿Era prudente recibir en sus habitaciones a un asesino en potencia…?

Finalmente, aceptó.

—Está bien, Harry. Voy a confiar en usted.

Cinco minutos más tarde, el *gurú* era llevado a la presencia del Presidente. El coronel Jackson apenas podía creer que el Presidente estuviera dispuesto a dejar libre al sospechoso.

—Es muy peligroso. Este hombre no posee documentación ni permiso de residencia. Probablemente ha penetrado ilegalmente en el país. Y su propósito parece muy claro…

—Gracias por su interés, coronel. Pero ahora, por favor, retírense. No obstante, sería prudente establecer una fuerte vigilancia alrededor de esta estancia. Ocúpese de ello, coronel.

—Sí, señor Presidente —respondió Jackson, absolutamente corrido de vergüenza y cólera. Y salió.

Harry McLaine miró con curiosidad al *gurú*.

Era un hombre alto y muy delgado, casi esquelético. A pesar de la bajísima temperatura iba descalzo. Por lo demás, el blanco sari apenas serviría para abrigarle. Y sin embargo no demostraba sentir frío.

De aquel rostro sereno se desprendía una cierta sensación de majestad y bondad.

—¿Quiere sentarse, por favor? —invitó McLaine —. Nos gustaría conocer su nombre v el motivo que le trajo aquí.

—Mi nombre es Rurah Walpindi y vivo dedicado a la oración en Veranasi ([2]I). donde mis discípulos me consideran un hombre justo —respondió el hindú, sentándose apaciblemente a la mesa.

—El Presidente Robert Carman —presentó Harry solemnemente—. Yo soy su asesor particular en asuntos de Estado. Mi nombre es Harry McLaine.

Rurah asintió amablemente.

—Parece usted un hombre muy sensato, señor McLaine. Imagino que fue usted quien impidió que esos hombres me torturaran. Sí, seguro que fue usted — fue la asombrosa declaración del *gurú*.

Carman carraspeó.

—Quisiéramos saber cuándo llegó a Estados Unidos y si posee permiso de residencia. El coronel Jackson piensa que usted vino aquí con el único fin de asesinarme —pronunció lentamente.

—Llegué a este país hace menos de una hora —replicó Rurah, sin alterarse—. ¿Permiso de residencia? No lo necesito. Sólo pensaba estar aquí el tiempo indispensable para entrevistarme con usted.

El Presidente se agitó, inquieto, en su sillón. Pero McLaine le impuso calma con un gesto.

—Dígame, por favor. ¿Cómo llegó hasta aquí? —preguntó Harry al hindú.

—*Ellos* me trajeron. Vinimos directamente desde Moscú, donde me

he entrevistado con el Presidente del Soviet Supremo. Debo confesar que tampoco allí fueron muy amables conmigo —explicó el *gurú*, aunque no había reproche en su voz.

Carman y McLaine intercambiaron una mirada de asombro.

—Ha dicho: «*Ellos me trajeron*». ¿Quiénes son ellos? —quiso saber McLaine.

Una sonrisa indefinible plegó los labios del *gurú*.

—«Ellos» son los venerables Randrah-virayas, llamados antiguamente «Jueces del Universo» —declaró—. Si ustedes conocen la Historia y la Literatura hindúes, sabrán que en muchos textos antiguos existen referencias a «*aquellos que visitaron la Tierra montando carros de fuego*». Eran, precisamente, los Randrah-virayas. que a lo largo de milenios visitaron numerosas veces la Tierra e incluso se entrevistaron con sus habitantes, a los que colmaron de dones materiales y de sabiduría.

—¡Y usted dice que ellos le trajeron aquí! —exclamó Carman. escéptico—. ¡Paparruchas, algo verdaderamente increíble...!

La leve sonrisa del *gurú* Rurah Walpindi no se borró.

—No sólo me trajeron, sino que me concedieron un don sumamente necesario. Yo no sabía expresarme en inglés. En realidad, jamás salí de Veranasi ni hablé con ningún extranjero. Pero ellos me dieron la sabiduría suficiente para poder entenderme con ustedes. Y también con los soviéticos.

El Presidente no pudo disimular una sonrisa conmiserativa. Miró a McLaine y advirtió pasmado de asombro, que éste seguía con religiosa atención las explicaciones del esquelético *gurú*.

«Esto parece una nueva y folletinesca historia de extraterrestres», pensó Carman, divertido en cierto modo.

Pero McLaine no sonreía.

— Dígame, venerable Rurah Walpindi —pidió humildemente—: ¿Cómo pudo llegar en tan escaso espacio de tiempo a este país, suponiendo, como afirma, que hace menos de una hora se encontraba en Moscú?

El *gurú* apoyó sus largas y finas manos sobre la mesa.

—Ellos me trajeron en uno de sus veloces «carros de fuego», a los que los antiguos hindúes dieron el nombre de «virayas» —explicó Rurah pacientemente—. Pero antes, permítanme explicarles cómo se produjo mi entrevista con los «Jueces Cósmicos»...

Carman se arrellanó en su sillón más cómodamente y la actitud escéptica se acentuó aún más en sus facciones pálidas.

No es que le interesase en absoluto lo que aquel farsante pudiera decir. Sencillamente, sentía curiosidad por comprobar hasta dónde llegaba la desbordada fantasía del hombre vestido con un blanquísimo y delicado sari.

—Cuando se hicieron las tinieblas (se refería a la madrugada del 12 de agosto, evidentemente), yo me sentía al final de mis fuerzas. Había cumplido ya noventa y un años y...

«¡Noventa y un años!», pensó Carman. «Imposible, este hombre no representa más de sesenta...»

—... había cumplido noventa y un años y mi organismo se había debilitado. Supe que había llegado la hora de mi muerte. Y me desesperé al rememorar mi existencia año a año, porque la verdad era que yo no me sentía justificado respecto a mis semejantes. Había respetado al prójimo, había sido un fiel creyente, había impartido enseñanzas religiosas a mis alumnos y transmitido el caudal de sabiduría que otros me legaron. Pero sabía que me faltaba realizar alguna gran obra para sentirme plenamente justificado a la hora de emprender el camino al Más Allá...

«Siempre los mismos tópicos místicos», se burló mentalmente el Presidente Carman.

—Quise acercarme al Ganges para purificar mi cuerpo, pero, durante el día. la afluencia de devotos era tan intensa, que pedí a mis alumnos que no me llevasen a aquel lugar hasta que cayeran las sombras de la noche —relató Rurah.

A medianoche, dos de sus jóvenes alumnos le tomaron en brazos —Rurah sólo pesaba treinta y tres kilos— y le llevaron a orillas del Ganges.

— Mi cuerpo padecía una dolencia incurable. Eso que ustedes, los occidentales, llaman «cáncer». El final estaba próximo, pues, y yo quería disponerme a emprender mi viaje limpio de cuerpo y alma...

Fue entonces cuando Rurah descubrió aquel resplandor azulado que brotaba del fondo del río.

—Kaleh y Randi, mis alumnos, se asustaron y me dejaron solo. Pero, cosa extraña, yo no experimenté el menor temor —continuó el *gurú*—. De pronto, me apercibí de que las aguas del río se estaban helando rápidamente. Las suaves ondas que llegaban hasta los peldaños sobre los cuales me apoyaba se solidificaron velozmente hasta impedirme el menor movimiento...

Rurah advirtió, pasmado de asombro, que no experimentaba frío, como hubiera sido lo natural.

—Por el contrario, la paz se había adueñado de mi espíritu. Y

entonces supe que ellos, los Randrah-virayas, eternos visitantes y protectores de los hombres, estaban cerca. Y así era.

El resplandor azul se había hecho tan intenso que apenas podía el *gurú* mantener los ojos abiertos.

—Súbitamente, un cuerpo enorme, aplastado, como una gran lente de vidrio transparente, emergió de las aguas del Ganges y el caudal líquido quedó congelado en toda su extensión. Contemplé aquel prodigio nunca visto pasmado de asombro, hechizado por la luz que bañaba las riberas y arrancaba destellos del hielo rizado…

El cuerpo que emanaba luz intensísima descendió lentamente y se apoyó sobre el sólido hielo.

—Ellos estaban allí. Descendieron y me hablaron. Dijeron: «Tú, oh venerable Rurah, tendrás ahora la oportunidad que has esperado toda tu vida. Haz lo que te rogamos y estarás justificado para volar directamente al Paraíso…»

Carman se puso súbitamente en pie y miró al *gurú*, lleno de indignación.

—¡Me gustaría saber qué misión le encargaron los «Jueces del Cosmos»! —exclamó el Presidente sin disimular su tono sarcástico.

Rurah asintió humildemente.

—Dijeron: «Ve tú, oh Rurah, y convence a los hombres de que deben doblegar su soberbia y tornar su egoísmo en comprensión, pues si no estarán abocados a la ruina y a la desolación. Háblales, ahora que aún es tiempo…»

Carman no pudo soportar más. Creyendo firmemente que el hindú se estaba burlando de él y de McLaine, llamó a gritos al coronel Jackson y le ordenó que los agentes de seguridad detuvieran al *gurú* y lo llevasen lejos del hotel Metropol y lo entregasen a la policía del Estado.

—¡Es lo único que nos faltaba…! —exclamó el Presidente, cuando los fornidos agentes de Jackson sacaron a Rurah Walpindi a trompicones—. ¡Que un fanático santón viniera a distraer nuestra atención con folletines de extraterrestres…!

CAPITULO XIII

Entretanto, el Consejo Universal de Científicos que estudiaba el eclipse de sol que duraba ya cuatro días, acababa de tomar una decisión:

Construir un gigantesco cohete capaz de alcanzar la «sombrilla negra» que eclipsaba al astro.

El proyecto completo incluía la necesidad de que el artefacto fuera portador de un ingenio dotado de multitud de cabezas nucleares, que seria explotado por control remoto en cuanto el cohete alcanzase la masa de niebla densa del disco-sombrilla.

« La potencia de los ingenios nucleares deberá alcanzar un poder de deflagración de cien mil megatones, necesarios para disgregar la acumulación gaseosa que impide que los rayos solares lleguen a la Tierra. Tras la serie simultánea de explosiones nucleares, calculamos que el espectro magnético que mantiene la cohesión de la masa negra, alcanzará la perturbación necesaria para desintegrarse y desaparecer...»

Naturalmente se trataba de un proyecto colosal.

El impulsor de la serie de cabezas nucleares tendría que ser un ingenio poderoso y veloz.

«El Lightmaker" (nombre dado al cohete impulsor) tendrá que cubrir 6.700.000 km en seis días, pues el Consejo de Científicos considera que la congelación progresiva de nuestro planeta obligaría a consumir todos los recursos energéticos disponibles en el plazo máximo de quince días.

El "Lightmaker" habrá, pues, de cubrir la distancia entre la Tierra y la "sombrilla negra" en un máximo de seis días, lo que supone que el ingenio deberá recorrer casi 13 km/segundo.

Construir un impulsor así sería prácticamente imposible si no se aunaran ¡as voluntades de tos países más poderosos de la Tierra, corno USA. la URSS. Inglaterra, Francia, Italia. Alemania. España...»

La propuesta del Consejo era que todos estos países se pusieran inmediatamente a la tarea común de ensamblar el «Lightmaker» con elementos de otros cohetes ya existentes.

Este trabajo se llevaría a cabo en la base de lanzamiento más

idónea para estos menesteres. A saber. Cabo Kennedy.

El proyecto era ciertamente ingenioso. Y, según la opinión de los científicos, factible.

Sólo faltaba, pues, la respuesta afirmativa de los distintos países capaces de aportar elementos para el ensamblaje del poderoso «Lightmaker».

El Presidente Carman fue el primer gobernante en dar su asentimiento. Después llegaron los del Presidente del Soviet Supremo, del rey de Inglaterra, del presidente francés, del de la República italiana y así hasta diez países capaces de aportar materiales, tecnología y expertos en Astronáutica y Balística.

Iban a ser unas jornadas llenas de ansiedad, tensión y salpicadas de incidentes.

Mientras, el clima de la Tierra se iba degenerando progresivamente.

El hielo ocultaba ya millones y millones de cadáveres de todas las especies y tamaños.

Aunque los Gobiernos habían construido con toda urgencia cobijos especiales para millones de cabezas de ganado, resultó absolutamente imposible albergar a los animales salvajes y a los que pastaban libremente en los campos el primer día que no amaneció.

La catástrofe amenazaba ya arrasar la vida sobre la Tierra.

Porque no sólo perecían animales. También habían muerto millones de personas de todo el orbe, especialmente ancianos y niños de los países del Tercer Mundo, peor preparados físicamente a arrostrar penalidades de todo orden.

El día 16 de agosto, la temperatura había descendido a 28 grados bajo cero, medidos en la escala Celsius» (grados centígrados).

La bajísima temperatura exterior forzaba inapelablemente a aumentar peligrosamente el consumo de combustibles en las viviendas privadas, los albergues, hospitales, cuarteles, prisiones y otros núcleos humanos.

El informe del Consejo de Científicos no era exagerado: los remanentes de combustible apenas alcanzarían hasta el día 27 de agosto.

Más allá de esa fecha, sólo quedaba la muerte, fría y silenciosa. la agonía lenta y desesperante del que nada puede hacer para evitar su final.

En consecuencia, todos los países que participaban en el proyecto «Lightmaker» se esforzaban continuamente en ganar tiempo al tiempo.

Los elementos que formarían el colosal ingenio eran transportados desde diversos puntos del planeta a la costa Este de Estados Unidos, donde serían montados en la base aeroespacial de Cabo Kennedy.

Muchos aviones capotaron y se estrellaron. Gran cantidad de material y de vidas humanas se perdieron en el dificultoso empeño.

Pero nadie reparaba en ello. Era preciso sobrevivir, al precio que fuera. Quizá, más tarde, habría tiempo para lamentarse e incluso para dar rienda suelta a los sollozos. Pero, ahora, sólo quedaba una solución: trabajar, trabajar sin descanso.

El día 20 de agosto, el «Lightmake» erguía su sólida silueta de más de cien metros de altura en las pistas de lanzamiento de Cabo Kennedy.

Quince horas fueron necesarias para montar la serie de cabezas nucleares que habían de convertir la noche en día.

Así, a las cero horas del 21 de agosto, el «Lightmaker» estaba dispuesto a iniciar su largo viaje de casi siete millones de kilómetros.

Miles de millones de esperanzados seres humanos contemplaron en las pantallas de los televisores la ignición del poderoso ingenio astro-nuclear.

Todos contuvieron la respiración y elevaron una oración antes de que el súper-cohete iniciase su andadura a través de la atmósfera terrestre, primero, y del espacio exterior, después.

Y todos también, siguieron con atención esperanzada la estela luminosa que el «Lightmaker» dejaba en pos de sí.

Ahora quedaban seis largos días de espera.

La gente, apiñada en sus cobijos, vivía materialmente pendiente de las informaciones que llegaban a través de la radio y la televisión.

«Es el tercer día de singladura. El ingenio "Lightmaker" ha cubierto casi la mitad de la distancia que separa a ¡a Tierra de la fatídica "Sombrilla Negra". Se mantiene constante la velocidad, de algo más de Ì3.000 km/seg.

y no se ha detectado ninguna avería preocupante…»

El día 24 de agosto la temperatura bajó aún más. Ese día llegó a los treinta y cuatro grados bajo cero.

Era preciso mantener los sistemas de calefacción a pleno rendimiento. Pero en el exterior, la contaminación iba en aumento, de forma que policías y fuerzas del ejército se veían obligados a usar constantemente caretas antigás sobre las cuales se formaban capas de hielo que en ocasiones, producían la muerte por asfixia.

Llegó el día 25.

Sólo restaban veinticuatro horas para que el «Lightmaker» alcanzase el disco negro. En cuanto el encuentro se produjera, una fuerza de cien mil megatones de potencia disgregaría la niebla negra y el sol volvería a lucir.

Harry McLaine se encontraba cambiando impresiones con el Presidente Carman, cuando Ileso Richard Brown, delegado de la NASA.

Al contemplar el rostro pálido y desencajado de Brown, Harry sospechó que algo iba mal. Por desgracia no se equivocaba.

—El «Lightmaker» ha estallado en el espacio… a más de un millón de kilómetros de distancia de su objetivo. El proyecto ha fallado —anunció con voz ronca.

Carman se dejó caer sobre el respaldo de su sillón, completamente desfallecido.

—¡Dios santo, no… no es posible! —le oyeron susurrar.

McLaine hizo venir al doctor Scholk, pues el Presidente acababa de sufrir un síncope.

Dos horas después, el estado crítico de Robert Carman había hecho crisis. El peligro había pasado, pues, y el Presidente descansaba en su *suite*.

Harry McLaine no se retiró a descansar en toda la noche.

Consumiendo una taza de café tras de otra, examinó minuciosamente el proyecto «Lightmaker», esperanzado en hallar una nueva oportunidad.

Varias horas le llevó convencerse de que era imposible intentar un

lanzamiento «Lightmaker-II».

En primer lugar, los países más poderosos de la Tierra habían gastado esfuerzo y materiales en el primer proyecto. Ya no quedaban elementos técnicos, materiales suficientes para ensamblar un nuevo cohete impulsor... Probablemente, ni siquiera restaban ánimos a los hombres encargados de realizar el trabajo.

Ponerse a fabricar nuevos y costosos elementos sería demasiado largo y penoso.

Y, en cualquier caso, el «Lightmaker-II» llegaría demasiado tarde, pues las reservas de productos energéticos sólo alcanzarían, como máximo, hasta el día veintisiete de agosto.

«Es decir, la Humanidad sólo cuenta con un plazo de cuarenta y ocho horas de supervivencia. Después llegará la lenta y horrible agonía...», pensó Harry, con tristeza.

El vivido recuerdo de Joan sólo sirvió para apenarle aún más, si ello era posible.

«Si al menos nos quedase la oportunidad de afrontar la muerte juntos...»

Se irguió.

Un gesto de rebeldía acababa de animar sus viriles facciones.

—¡Rurah! —exclamó, esperanzado—. ¡Rurah Walpindi!

CAPITULO XIV

El coche presidencial avanzaba despacio a través de la ciudad muerta.

Las ruedas, dotadas de cadenas, patinaban a veces sobre el hielo y los limpiaparabrisas azotaban despiadadamente el cristal sobre el que la lámina helada iba aumentando de grosor en pocos minutos.

La soledad, el frío, el fantasmal aspecto de las calles silenciosas hubiera sobrecogido a cualquiera.

Pero Harry McLaine aún tenía una esperanza, aunque remota.

El automóvil se detuvo, por fin, en una de las calles del Lower Manhattan.

Harry, cubierta la cabeza por un pasamontañas de armiño. con gafas, y embutido en una *parka*. descendió del coche en cuanto éste se detuvo. El conductor del vehículo abandonó el automóvil y corrió en pos de él. camino de la comisaría.

Dentro sonó el timbre con un zumbido lejano. Tuvieron que esperar varios minutos. Al cabo, se abrió la puerta con un crujido producido al romperse el hielo que se amontonaba sobre el marco.

—¡Orden del Presidente! —exclamó McLaine—. Necesito entrevistarme con un detenido. Se trata de un hindú. ¿Su nombre? Rurah Walpindi.

El sargento comprobó con gran indiferencia la autenticidad del documento que le mostraba McLaine.

—Vengan conmigo —dijo, desganadamente. Y les guió a través de los fríos pasillos hasta la escalera que descendía al sótano.

Le abrieron la puerta de una celda y el policía señaló el bulto que yacía sobre un camastro.

—Lo más probable es que esté muerto. Hace varias horas que entró en agonía —le informó el agente sin poner la menor compasión en su voz.

Harry se precipitó al interior de la celda.

Apartó las mantas y contempló el rostro del *gurú* con gran

ansiedad.

Y comprendió que aquel hombre estaba a un paso de la muerte.

Sin embargo, sus ojos mortecinos reflejaban paz y felicidad.

—¡Rurah. Rurah! —gimió McLaine—, ¡Soy yo! ¿No me reconoce?

La cabeza se movió levemente hacia adelante en señal de reconocimiento.

—Escuche, Rurah, ¡yo creo en usted, yo creo firmemente que usted dijo la verdad cuando afirmó que había venido a este país como emisario! —clamó.

Las cetrinas y frías facciones se animaron.

—Sé que usted es un hombre de buena voluntad. Probablemente, un santo. Pero tiene que entenderlo: todos los humanos no estamos preparados para comprender ciertos enigmas —insistió Harry, acariciando las yertas manos del *gurú*.

El pulso de aquel hombre latía con tal lentitud, que, evidentemente, no le quedaban sino unos minutos de vida.

—Necesito saber... ¡lo necesito desesperadamente! cuál era el mensaje —habló Harry al oído del moribundo.

Los labios se movieron apenas.

—Advertencia... sobre... el peligro... de la violencia... Necesidad de que... todos los hombres... vivan en paz...

—¡Adelante, adelante! —le animó—. ¿Sabe algo acerca de ese disco negro que convierte el día en noche eterna?

Rurah asintió con un ademán apenas perceptible.

—Disco negro... ¡advertencia! Noche... noche eterna si... los hombres... siguen agrediéndose... luchando... matándose... destruyéndose...

Escuchando aquellas palabras sincopadas, McLaine se irguió, sobresaltado.

—Entonces... ¿no hay esperanzas? —preguntó, aterrado.

El *gurú* sonrió mansamente.

—Sí... esperanza... Luz del sol nue... nuevamente... Condición...

Su voz apenas era audible, de forma que Harry McLaine se vio obligado a aproximar su oído a los labios del anciano para poder oír sus últimas palabras.

Hasta que imperceptiblemente, todo sonido cesó.

El venerable *gurú* Rurah Walpindi acababa de morir. La suya no debió ser una agonía cruenta, pues cuando McLaine acarició sus frías facciones, advirtió que una sonrisa mansa había quedado impresa en el oscuro rostro.

Poco a poco, Harry se alzó del suelo. Sus piernas entumecidas apenas podían soportar su peso.

Tambaleándose, abandonó la celda y se reunió con el conductor de su automóvil, que le aguardaba, expectante, en el lóbrego pasillo.

— ¡Aprisa, aprisa! —exclamó—. ¡He de entrevistarme con el Presidente Carman! Inmediatamente.

* * *

—¡Usted está loco! Evidentemente ha perdido el uso de sus facultades mentales —exclamó Robert Carman, descompuesto.

McLaine se impacientó.

—Llámeme loco, si quiere. Pero haga lo que le pido —exigió.

Carman cerró los ojos.

—¡Harry, Harry, sea razonable! —se lamentó—. Apenas hace veinticuatro horas que sufrí un ataque cardíaco, mis médicos, me han recomendado que guarde absoluto reposo y... ¡usted me pide que convoque el Consejo de Urgencia de las Naciones Unidas!

Abrió los ojos, orlados de ojeras, y miró a su asesor privado.

—¡Es una locura, una verdadera locura! —exclamó—. Y todo, ¿para qué? ¿Por qué? Usted está obsesionado con lo que ese fanático hindú le contó... ¡Pura paparrucha!

—Ya conozco su opinión al respecto, "señor Presidente —respondió McLaine, tenaz—. Ahora sólo le pido que consiga reunir al Consejo de Urgencia y que les hable. Sólo eso. ¿Qué podemos perder con ello?

Carman se agitó, inquieto, entre las sábanas.

—Pensarán que he perdido el sentido común, que mis facultades mentales entran en crisis, que…

McLaine dio unos pasos hacia la puerta.

—¡Espere! —le detuvo la estentórea voz del Presidente—. ¿Adonde va. qué trata de hacer?

McLaine se volvió lentamente. En su rostro se reflejaba la desgana, la apatía total.

—Usted piensa que estoy loco… Y tal vez tenga razón. Si quiere saber qué voy a hacer, se lo diré: intentaré robar un avión, ponerlo en el aire y llegar hasta Plains Village. Si consigo todo esto, al menos tendré el consuelo de morir junto a i mi esposa.

Carman se inmutó.

—¿Seguro que está dispuesto a hacer una cosa así?

—Sí —respondió únicamente McLaine.

—Está bien… ¡Vuelva aquí! —clamó el Presidente, profundamente irritado—. Me prestaré a esa comedia pueril… Pero conste que sólo lo hago por conservarle a mi lado, querido Harry.

—Lo sé. Está bien, hágalo.

* * *

Llegó la mañana del día 27 de agosto. En esa fecha se agotarían las escasas existencias de energía qué aún restaban. A las ocho de la mañana, las calles de Nueva York estaban silenciosas. Sólo unas pocas luces iluminaban tétricamente el paisaje helado.

Pero un momento después, las calles comenzaron a animarse. Las gentes abandonaban sus casas y se amontonaban en las calles o se congregaban en multitudes en Central Park y otros lugares abiertos.

Poco a poco, la muchedumbre aumentó. Hombres, mujeres, niños y ancianos, mantenían una vela, una cerilla, un papelito encendido en la mano.

Y en todas las ciudades del mundo, en todos los pueblos, en cualquier aglomeración humana, incluso en los caseríos, los ranchos, las haciendas, los cortijos, las personas abandonaban sus cobijos y salían al frío exterior portando una lucecilla en la mano.

Harry McLaine había subido con el Presidente Carman a la terraza del hotel Metropol. Y ambos mantenían fósforos encendidos en sus manos y contemplaban fijamente el sombrío firmamento.

Y a las ocho treinta de la mañana del día 27 de agosto, ocurrió el prodigio.

Un rayo de viva luz dorada brilló allá en las alturas. Las masas contenían el aliento. El silencio era total, religioso podría decirse.

Luego, lentamente, el enorme disco negro fue separándose y un sol brillante, cegador, acarició los rostros y los cuerpos de los miles de millones de personas que habían atendido el llamamiento.

La mayoría cerraron los ojos, cegados. Y luego la multitud prorrumpió en mitos de alegría, en voces y en sollozos.

-¡EL SOL. EL SOL… VOLVEMOS A TENER SOL!

El sol de cada día. siempre el mismo, eternamente rutinario, familiar… lucía en un firmamento tan azul que se tornaba insondable. Y el disco negro había desaparecido por completo.

En la terraza del hotel Metropol, el Presidente Carman apretaba trémulamente las manos de Harry McLaine.

—¡Increíble, increíble, pero… ahí está! —murmuraba el Presidente, con auténticas lágrimas en los ojos.

Harry pensaba en Rurah Walpindi, cuyo cadáver ocupaba una fría celda en los calabozos de la comisaría de Manhattan. Y también notó que sus ojos se empapaban en lágrimas.

Pero inmediatamente pensó:

«Joan debe estar contemplando este mismo, maravilloso y vivificante sol.»

Y su tristeza desapareció como barrida por el viento.

Sí, era muy posible que en el otoño pudieran ir ambos a cazar muflones a las Montañas Gibson…

F I N

(1) Horror a la noche, a las tinieblas.

(1) Nombre actual de la ciudad Santa de Benares.